

El comienzo de esta historia

Mucho antes de que Tierra del fuego fuera descubierta; mucho antes de que se encendieran sus miles de fogatas; mucho .antes, en Tierra del Fuego, muy al sur del c ontinente, nada existía sobre ella.

Temáukel, entonces, obró ciertamente para llenar Tierra del Fuego con habitantes. Temáukel, el Gran Padre, el creador de todo lo existente, envió los primeros ocupantes. Envío Temáukel a los hohuen, héroes legendarios, con formas de hombres, semidioses dotados magníficamente para hacer cumplir los mandamientos superiores del Gran Padre Temáukel.

Los hohuen habían recibido la facultad de no morir; no morían ellos, pues así llenaban al mundo de vida.

Los hohuen hicieron muchas obras de bien. Vivieron en armonía ellos y buenas cosas hicieron hasta que se apartaron del camino

indicado por Temáukel y obraron con maldad. Sí, malas acciones practicaron algunos de ellos.

Temáukel se mostró molesto; se molestó el Gran Padre y puso la muerte en sus vidas, para evitar que los males de los hohuen vivieran eternamente, para evitar que los malos recuerdos vivieran eternamente, para acabar con los odios, con las rivalidades creadas por los hohuen que se hicieron malos, a veces.

Temáukel quiso terminar con la vida eterna del mal.

Al morir los hohuen, sí, cuando ellos comenzaron a morir, adoptaron forma de cerros, aves, animales, estrellas; adoptaron forma de todo lo que ahora existe en Tierra del Fuego.

Sakanusoyin, el corredor veloz

-En la Isla Grande de Tierra del Fuego, donde la cordillera de los Andes se hunde en el océano, vivía Sakanusoyin.

Era él un joven cazador. El mejor cazador. El más veloz, el más diestro.

Sakanusoyin siempre estaba en movimiento. En movimiento estaba siempre la gente de Sakanusoyin. Ellos armaban sus riendas de cuero de guanaco y las desarmaban con la misma prontitud. Con la misma prontitud ellos iban tras los desplazamientos del guanaco, del zorro, del puma y del cormorán.

Eran ellos un pueblo de magníficos cazadores.

Sakanusoyin era el único que no cazaba al igual que sus hermanos, no, él no cazaba igual que los demás. No usaba el arco de roble, no usaba las flechas con puntas de piedra. Ninguna de sus armas aniquilaba, jamás. Él atrapaba, sólo cazaba él. Nunca dio muerte a

nada que existiera sobre Tierra del Fuego. Él había recibido la primera virtud de los primeros hohuen: dar vida solamente.

Sakanusoyin aprendió la velocidad, de la rapidez de la liebre; de la sagacidad del zorro, aprendió la astucia; la prudencia, de la cautela del puma y de la presteza del cormorán, aprendió la diligencia.

El vio la carrera de las nubes en el cielo. Los vientos en Tierra del Fuego son tan veloces como la luz del sol, tan veloces como la luz de las estrellas que descienden a la región de los hielos.

Así aprendió a correr Sakanusoyin.

Adiestró su velocidad persiguiendo a la liebre; su astucia la probó preparando trampas más inteligentes que la sagacidad del zorro; la prudencia del puma, la adquirió con su capa de cuero que semeja el arrugado tronco del árbol. Así, oculto bajo el disfraz, el joven espera hasta que la presa se sienta confiada y ose acercarse. Entonces, Sakanusoyin deja su escondite, como un cormorán, como si el árbol liberara su alma, el joven sale de su escondite y atrapa.

Para el joven cazador no existía el cansancio; no conocía el agotamiento, ni la embriaguez después de un largo y pesado sueño.

El día de caza hacía que los músculos del joven se tornasen vigorosos y su ánimo de I i esta.

Los jovencitos como Sakanusoyin tenían que proveer de carne a su gente. Una misión importante y un honor reservado sólo a los mejores, pues el guanaco en aquel tiempo era una presa muy apetecida.

Las mujeres y las jovencitas, en cambio, estaban dedicadas a la recolección de frutos silvestres; ellas cuidaban de los niños y recogían lo que bondadosamente proporcionaba la costa del océano.

Pero no todos los cazadores eran tan veloces y diestros como el joven Sakanusoyin, 110 todos lo eran.

Salilsusoyin, otro joven cazador, envidiaba las virtudes del más veloz de los cazadores y siempre estaba tratando de ganarle.

Salilsusoyin apenas capturaba al último guanaco de la manada y siempre presumía de ser buen cazador; jamás confesó que sus presas eran alcanzadas tras mucho esfuerzo y sufrimiento; así era Salilsusoyin.

Sakanusoyin no gustaba vanagloriarse y siempre capturaba al primer guanaco de la manada. Nadie conocía el profundo dolor que le causaba la cacería del guanaco. Después de la

jornada, después de la alegría y el entusiasmo, Sakanusoyin se ocultaba en el rincón más apartado del bosque y se echaba a llorar con honda tristeza.

—¡Me duele cazarte! —le decía el joven a sus presas—. Pues mi madre fue una mam- sa, ella fue también una guanaca como tú.

El sufría en silencio y soledad porque su gente vería tal llanto como demostración de flaqueza; tal debilidad jamás la perdonarían los suyos, sería algo nunca visto, algo despreciable.

El deber de cazar para su gente era un alto honor al que Sakanusoyin no podía renunciar. El gozaba de gran estima entre los suyos, era una esperanza para muchos, para los que aguardaban confiados el sustento que el joven cazador les proporcionaba.

Cada tarde, al ponerse el sol, el cazador más esperado era Sakanusoyin. Las presas .atrapadas por los otros jóvenes cazadores eran pequeñas, insignificantes, presas en las que nadie reparaba.

un día el padre de Sakanusoyin, dijo: ¡Sakanusoyin!

Eres un ágil cazador. * también lo es. Tú traes la presa mayor y pequeña. Siempre. Si Sakasusoyin,¿por qué no le

enseñas tus artimañas? ¿Por qué no le ayudas .i traer presas más preciadas?

Las palabras del anciano quedaron grabadas en la conciencia del joven. Las palabras del anciano también ofendieron el orgullo de Sakanusoyin y su vanidad creció todavía más.

—Padre —respondió Sakanusoyin—, yo puedo hacerlo tan bien como él. Espera, padre, y lo verás.

La caza compartida

-A.1 día siguiente ambos jóvenes emprendieron juntos la jornada de caza.

–Es fácil atrapar siempre al último animal –dijo Sakanusoyin a su compañero–. ¡Tratarás de capturar al que va a la cabeza de la manada! Si eres buen corredor, ¿por qué atrapas al que más se atrasa?

Así pretendía remecer al otro joven; para que se esforzara, para que descubriera su destreza.

Caminaron por el sendero abierto y pedregoso. Sabían ellos que allí nada encontrarían, ninguna presa que capturar encontrarían allí, lo sabían.

El campo abierto se mostraba lleno de pisadas de otros cazadores. Eran huellas que los animales conocían perfectamente; los animales sabían que era un terreno de riesgo, sabían que no debían cruzarlo.

–Esta huella es de ayer –dijo Sakanusoyin.

–¿Cómo lo sabes?

–No está endurecida como la piedra. Una parte es fresca. Este rastro es tu rastro, amigo Salil.

–¿Cómo puedes asegurarlo? ¿Cómo puedes sonreír tan seguro?

–Tu rastro es profundo.

–¿Sonríes y dices que soy más pesado, que soy más lerdo?

–No te ofendas, Salilsusoyin. Tu pie cae con todo el peso del cuerpo sobre el terreno.

–¿Y tú? ¿Quieres decir que vuelas como el cormorán? –Salilsusoyin rió con burla, con sorna fue su risa.

–Yo piso con la parte del pie que va primero; así cae mi pie. La parte que va después jamás la pongo sobre el barro. Así mi velocidad es mayor.

Al río llegaron los jóvenes. Lo cruzaron a través de las grandes rocas, las grandes rocas que formaban pozas de aguas profundas, pozas transparentes son esas.

–¿Recuerdas nuestros baños en las pocitas?

–Lo recuerdo –respondió Salil–. ¿Por qué siempre piensas que soy más torpe que tú?

–No quise decir eso, hermano Salil.

Fue un recuerdo que subió desde el agua cristalina, un recuerdo que conservo con cariño, eso fue. Quería saber si tú también lo guardabas en tu corazón.

Sakanusoyin saltó a la otra orilla. Salilsusoyin, saltó detrás. Amoscado estaba el joven.

Junto al río detuvieron su andar. Para tomar aliento se detuvieron, para nada más.

Sakanusoyin inspeccionó las aguas esquivas, esquivando la orilla estaban.

A veces sabían encontrar allí guanacos moribundos; sabían que los guanacos buscaban las aguas cuando tenían voluntad para morir. Así iniciaban su viaje los animales; buscaban la única isla del océano que se junta con el cielo, allá en la región de los cielos se junta en el azul completo.

—No hay rastro —dijo finalmente Sakanusoyin.

El joven inició la ascensión de las rocas escarpadas, las rocas que llevan a los grandes bosques, los bosques que están más allá de las brumas.

Salilsusoyin apuró el paso, lo apuró para no quedar atrás; molesto iba el joven, molesto por tener que ir siempre detrás. ¿Cuándo podría ser el primero?

—Algún día será —se decía a sí mismo Salilsusoyin, mientras subía por el roquerío peligroso, lleno de riesgos.

El río se iba hundiendo cada vez más.

Así alcanzaron la gran explanada. A ella llegaban sólo los cazadores experimentados; exigía un esfuerzo enorme llegar a la gran explanada. La gran explanada exigía, además, conocimiento y resistencia.

—¡No puedo más! —gritó Salilsusoyin—. Estoy cansado.

Se tendió a lo largo sobre el césped duro. En la alta explanada el frío, los vientos y el sol caen con brutal energía. Por eso todo es salvaje allí.

Sakanusoyin se detuvo en su marcha y quiso hacerle compañía a su hermano de sangre.

—Descansaré contigo —le dijo—. Somos camaradas. Todo lo que hagamos lo liaremos siempre juntos. Así será, Salil.

Y guardó silencio. Lindo era escuchar allí el viento tan próximo a los oídos; lindo sentir las nubes mojando el cuerpo vigoroso de los jóvenes; lindo ver la niebla transitar tierra adentro.

Durante mucho rato tomaron aliento, energías recuperaron; así el humor se les hacía más ligero, más liviano se les ponía el ánimo.

La bruma subió, cerro arriba ascendía; desde el océano venía ella, abriendo sus velos blancos, lentamente los abría, hasta los árboles cubría con ellos la bruma.

Fue cuando Sakanusoyin intuyó una manada de guanacos salvajes escapando de la transparencia de la niebla que subía y lo iba cubriendo todo, borrando con sus velos lo que existía.

Espantados iban los animales de la manada; arrastrados iban por lazos invisibles. Las grandes nubes empujaban la manada hacia las cumbres de más altura, donde la gran cordillera siempre está nevada. Allá, muy lejos, más allá del fondo de los bosques del cerro; más allá iban los animales buscando alimento, buscando refugio iban los animales, subiendo prestos.

—¡Vamos, Salilusoyin! ¡Es el momento!

Corriendo salió Sakanusoyin; liviano, veloz como el viento. Se incorporó ágilmente su compañero, para seguirlo se levantó, para no quedar atrás, por miedo a ser atrapado por los lazos de la niebla, por los velos blancos de ella.

Sakanusoyin corrió, corrió ágil sobre los obstáculos y alcanzó a la manada; alcanzó al guanaco que conducía la manada; lo alcanzó y se puso muy junto a su lado, a la par se



puso. Así lo atrapó el joven, cogiéndolo con fuerza por el cuello, al animal por el cuello en plena carrera, colgándose él sobre el guanaco, con todo su peso, con todo su cuerpo de cazador en el animal, con las piernas libres, en el aire casi.

Salilsusoyin corrió entusiasta cuando vio que su compañero Sakanusoyin atrapaba a la mayor de las presas; con todas sus ganas corrió el joven Salil y quiso capturar al segundo de los guanacos.

Los animales se vieron acosados, perseguidos se vieron y corrieron todavía más; escapar buscaron entre los enormes troncos volcados sobre el terreno, troncos volcados por los fuertes vientos y que alguna vez fueron orgullosos árboles en la gran explanada.

—¡No puedo más, Sakanusoyin! —gritó el joven.

Salilsusoyin tuvo que conformarse una vez más con atrapar al animal pequeño, al desorientado, al que corría al final de la manada.

Extenuado quedó con su presa en los brazos; agotado estaba el joven Salil, casi arrullando en su pecho recio al indefenso animalito.

Los guanacos que restaban se perdieron en la bruma, en estampida, así se perdieron. La

bruma avanzó y borró del bosque a los animales que escapaban. La bruma borró los últimos árboles, pero aquellos que estaban cerca de los dos cazadores, esos sí quedaron a la vista.

—No puedo seguirte. Eres mejor corredor. Y te respeto. ¿Qué haré frente a mi padre? Lastimoso es sacrificar un animal tan pequeño.

—No te enfades —respondió Sakanusoyin—. Este animal, mi trofeo, es tuyo.

¡Lévalo a nuestra gente como botín de caza. El guanaquito que atrapaste se quedará en el bosque, se quedará para reunirse con los animales de su grupo.

—No puedo, Saka. Es faltar a la verdad.

El corazón de Sakanusoyin sufría; su alma estaba más agotada que los músculos de su compañero de cacería.

—Me canso de ser el más veloz —dijo Sakanusoyin—. Deseo que ocupes mi lugar.

—¡Cómo dices, Saka! Eres el mejor y así te honran. ¡No sabes cuánto te envidio!

—Nunca más me envidiarás. Deseo que seas mejor que yo.

Salilsusoyin no entendió las palabras del joven. El corazón de Sakanusoyin quería llorar; era la voluntad de su alma, echar un

lloro. El joven se retiró a una gruta junto al cerro, se retiró en silencio, buscó refugio allí.

—El guanaco que iba a la cabeza es una mamsa. Mi gente la destripará de arriba abajo. Soy el asesino de mi madre.

Salilsusoyin llamó desde la puerta de la gruta; gritó por lo oscuro que estaba ahí dentro, gritó porque no sabía qué ocurría con su compañero Sakanusoyin.

—¡Saka! —gritaba—, se encienden los fuegos sobre el valle, más allá, al otro lado del río se encienden. Es nuestra gente que prepara la noche. Debemos regresar pronto, regresaremos, Saka.

Desde el interior de la caverna, desde la penumbra, respondió Sakanusoyin. /

—¡Salilsusoyin! Siempre vendrás a cazar conmigo. Mi camarada serás, en todo lo serás. Te harás diestro y veloz, así te harás y con gusto cederé para ti mi lugar.

La lección del chamán

Los jóvenes cazadores regresaron
111 nto a su gente, cerca de las fogatas donde
todos esperaban.

El padre de Salilsusoyin salió al encuentro de su hijo. Satisfecho estaba el padre, pues vio el magnífico animal que traía.

—¡El primero de la manada! —exclamó el anciano—. ¿Por qué no le destripaste en el mismo lugar de la captura? ¿Por qué le has i raído vivo, contraviniendo las costumbres? No queremos animales vivos entre nosotros. Nos roban el alma y no podemos alimentarnos de ellos.

Salilsusoyin no pudo responder ni una sola palabra, nada fue capaz de decir ante su padre. El joven no supo asentir y ocultar su deshonor; el joven no supo negar para dejar paso a la verdad y llenarse de vergüenza con ella.

—Ha sido mi culpa —respondió Sakanusoyin, al tiempo que miraba a su compañero

a los ojos—. Convencí a Salilsusoyin, le convencí de traer vivo el animal; que todos vean lo que él trae a su gente.

Antes que el rubor reventara en su rostro, Sakanusoyin tiró de la cuerda y arrastró al guanaco pequeño; arrastró al animalito que había capturado el otro joven. Sakanusoyin desapareció en la tienda de sus padres.

Mientras su madre y hermana manifestaban alegría por el regreso del joven cazador, Sakanusoyin meditaba; mientras toda su gente celebraba la hazaña de Salilsusoyin, el joven Saka, meditaba.

—¿Qué ocurre, Saka? —preguntó la madre.

—Madre —exclamó el joven—, usted, me hizo nacer.

\

—Pues sí. Soy tu madre.

Las hermanas del joven se cubrieron la boca, con la mano se cubrieron; las hermanas evitaban que la risa burlona escapara de sus labios abiertos.

—¿Qué necesidad es esta? —cuchichearon ellas.

Pero el joven Saka no les hizo el menor caso y prosiguió con su preocupación.

—De barro fui hecho por mi padre, con sus manos me hizo. Luego, él me dejó en

MI vientre, madre. Me entregó ahí para que usted me diera su calor, su soplo de vida y me luciera nacer. Durante muchos meses estuve en su vientre. Lo sé.

—Pues sí. Soy tu madre, Saka.

—Mas, cuando usted más leche no tuvo, me alimentó una mamsa, usted me alimentó con leche de guanaca.

—Pues sí. Corre sangre de mamsa por mis venas. Sangre mía, sangre de tu padre, que el duro barro le arrancó cuando te daba lorma, y sangre de guanaco, además.

—Entonces, madre, una mamsa puede ser también mi madre. Además.

—Sí, puede ser, hijo. Llevas las tres sangres en una, que es la tuya. Como el gran lago, pues muchas aguas ayudaron a formarlo.

—No puedo seguir cazando guanacos, madre; no puedo.

Fue cuando se presentó el muchachito, se presentó en la tienda de Sakanusoyin. El chamán quería hablarle.

—Sí —aseguró el niño—, el chamán desea que vayas con él, Sakanusoyin.

Rápido se fue el joven Saka a la tienda del chamán. Allí estaba ya Salilsusoyin; sentado junto al fuego estaba.

Los hombres allí reunidos guardaban

silencio. Solamente el fuego hablaba con sus chispas y llamas. Así, como siempre habla el fuego, el fuego habló hasta que la voz del chamán impuso su autoridad. Entonces, el fuego se puso humilde.

—La verdad, jovencitos —dijo finalmente el anciano jefe—, quiero toda la verdad.

—Hemos faltado a ella —se apresuró a confesar el joven Salil.

—Así fue, gran chamán —agregó Sakanusoyin—. Salilsusoyin desea ocupar mi lugar en la jornada de caza. Gustoso se lo cedo.

—No puedes —interrumpió el anciano—. Eres el corredor más veloz. ¿Dejarás por voluntad tu lugar?

—Como de costumbre, atrapé tan solo el último animal —se lamentó Salilsusoyin—. Nunca correré más que el más veloz de los cazadores; jamás lo haré.

—¿Qué tienes que decir Sakanusoyin? —preguntó el viejo.

El joven permaneció silencioso. El joven Saka paseó su intensa mirada por las lenguas parlanchinas del fuego, lenguas que envolvían los secos maderos de la fogata. Entonces Sakanusoyin se decidió a sacar el habla.

—Nuestro chamán ha dicho que nada hagamos contra nuestro corazón.

—Eso he dicho —afirmó el anciano.

—Querido padre —continuó el joven S.ika—, soy hijo de una mamsa. Así me lo ha le velado mi madre. Mi corazón me dice que no debo cazarlas.

El chamán enmudeció. El fuego habló de nuevo porque el anciano había guardado silencio. El chamán respiró profundo; el aire sonó hondo en su cuerpo esbelto. Los ojos del viejo se llenaron de humedad, se humedecieron sus ojos; de inteligencia se humedecieron, de inteligencia y sabiduría. El chamán habló, recién habló.

—Sakanusoyin, hijo de este pueblo comenzó diciendo el viejo—, nuestro dios, nuestro buen Temáukel nos dio la vida; es su voluntad que vivamos en esta tierra, en este gran hogar. Somos hijos de la misma madre, el cielo; ella nos cubre siempre, con sol y con luna, así nos cubre. Hemos descendido del cielo, somos herederos de los primeros ho- Imen. Hemos sido luces encendidas; al caer sobre esta tierra fuimos barro, fuimos carne, después. Eso fue al comienzo. Temáukel nos dio la forma con sus manos; con el soplo de su gran espíritu nos dio el movimiento y las ideas, lodo lo que habita esta extensa tierra es hijo del cielo, del mismo; cada uno de nosotros es

hijo de ese cielo, el único. Esa es tu madre. También lo es la mujer que gobierna tu casa, lo es. Todo lo conozco, Sakanusoyin, nada ignoro. Por eso, mi sabiduría me dice que el cielo quiere que alimentemos nuestros cuerpos, es su voluntad que así sea; el cielo quiere que guardemos la vida de nuestra gente, que la cuidemos. Desde que Temáukel nos quitara eternidad, esa es la voluntad de nuestra madre, el cielo, lo es. Por eso ha puesto junto a nosotros al guanaco, al puma, al zorro y al cormorán. Para que nos alimentemos de ellos y nos protejamos del frío con sus pieles y plumas.

El anciano guardó silencio pesadamente. Habló el fuego, de nuevo habló, porque el viejo callaba.

—Me duele el corazón, querido padre —dijo Sakanusoyin al otro lado de la fogata.

—Tu corazón sufrirá todavía más si tu gente perece de hambre y desamparo.

El hombre sabio habló con palabras severas, así habló. El anciano fue sensato, pues estaba persuadido de que ambos jóvenes ya no eran niños. El klóketen, la iniciación, había pasado hacía mucho tiempo ya.

El klóketen, la iniciación ^

Sakanusoyin había jugado con los guanacos desde muy pequeño. Desde muy pequeño había jugado con ellos como si ellos lucran sus propios hermanos. Sakanusoyin sabía que una vez adulto, tendría que salir a tazarlos; lo sabía.

El joven Saka no había querido ser adulto. Pero su momento de dejar atrás la niñez había llegado; había llegado finalmente el momento de ser un «iniciado» al mundo de los adultos. Eso significaba ser un klóketen, él lo sabía muy bien.

Sakanusoyin, sin embargo, nunca estuvo muy satisfecho de llegar a klóketen.

Las pruebas de «iniciación» siempre le parecieron demasiado severas, eran muy severas, era cierto.

Cuando al joven Saka le llegó su momento, los oficiantes de la ceremonia de iniciación lo abandonaron en mitad del bosque; ahí le dejaron para templar su valor de muchacho,

para que sobreviviera sin la ayuda de los adultos, para que aprendiera a valerse por sí mismo.

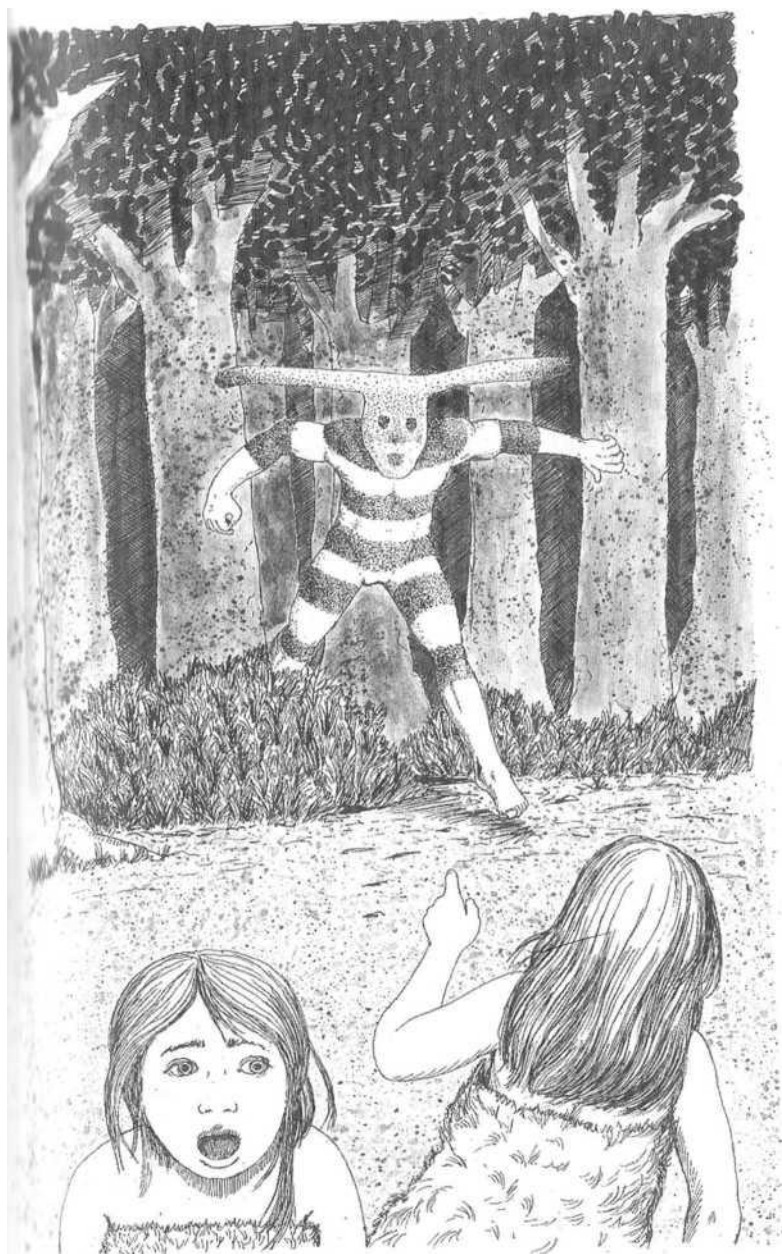
En aquella lejana prueba, el joven recordó cómo fue dejado en completo desamparo. El joven vio la aparición de los espíritus, eso mismo. Los espíritus que simulaban ser hombres pintados con franjas cruzadas sobre el cuerpo casi desnudo. Aquellos espíritus se pintaban el rostro para infundir temor a los hielos que flotaban en las aguas del invierno. Para eso se pintaban los rostros, a veces, y para infundir respeto entre los hombres.

Aquellos aparecidos habían querido asustar al joven. Sakanusoyin debió convivir con esos hombres pintados, por varios días tuvo que vivir con ellos en el bosque.

El joven se vio obligado a conseguir su propio alimento. Buscó hongos silvestres, buscó frutos, buscó todo lo que le sirvió para alimentarse.

Uno de esos días, soportando sus pruebas, el joven tuvo un espíritu frente a sus ojos. Era el famoso espíritu de Kótaich el que había emergido detrás de los árboles y desde lejos le observaba el joven.

Kótaich provenía de las rocas cubiertas de musgo, de las rocas más negras, de allí provenía.



Tenía el cuerpo grueso, era corpulento el espíritu. Apareció pintado con largas franjas blancas; lucía dos cuernos en la cabeza, lucía dos astas que apuntaban hacia los lados.

Sakanusoyin se encontraba observando al Kótaich cuando un grupo de jovencitas cruzó el bosque por uno de sus tantos senderos. Del río venían ellas, portando cestos con leña, portando odres de cuero llenos de agua.

Sakanusoyin había querido acercarse a las jovencitas; el joven no pudo hacerles ninguna señal para advertirles de la presencia de Kótaich.

Durante la iniciación, al joven le prohibían todo contacto con semejantes y más se le prohibía el contacto con mujeres.

El Kótaich se había ocultado detrás de los grandes árboles; el espíritu había seguido muy de cerca a las despreocupadas muchachas.

En un segundo ellas se vieron sorprendidas por la presencia del temido espíritu; gritos agudos lanzaron las jovencitas. Ellas desparramaron el agua de los odres sobre las hojas secas del bosque, ellas abandonaron los cestos con leña, desparramada quedó la leña.

Las jovencitas huyeron despavoridas; se cubrían sus cabezas con las pieles de guanaco que les servían de vestiduras, las pieles que les servían de ornamento.

El Kótaich remeció las ramas de los ..Hielos, produjo un ruido estremecedor el Kótaich. El espíritu había terminado con la serenidad del bosque, un infierno había sido.

Sakanusoyin se había mantenido alerta; el joven deseó que aquellas jovencitas se defendieran de las molestias que causaba el Kótaich, deseó que el espíritu no abusara, pues ellas se hallaban indefensas.

Ellas buscaron la única protección que ellas mismas podían ofrecerse, lo único que podían brindarse: sus gritos.

—¡Cabeza de piedra! ¡Cara enfurecida! -le gritaron.

El Kótaich se cansó, de pronto, pareció divertirse lo bastante y se fatigó. Luego se marchó, se fue para que la paz regresara al bosque de canelos.

Las jovencitas, repuestas del susto, recogieron la leña esparcida; temblando recogieron los cestos vacíos, temblando reunieron los leños esparcidos, temblando recogieron los odres de cuero; pero no pudieron alcanzar el agua derramada perdida entre las hojas.

La noche se anunció en las puertas del bosque, en las puertas que habían permanecido un tanto abiertas, todavía.

Las jovencitas sabían que al cerrarse las

puertas del bosque la oscuridad sería completa. Ellas regresaron de prisa a sus tiendas, regresaron prestas a reunirse con su gente.

Sakanusoyin, el iniciado, soportó aún largos y penosos días. Así había terminado su rigurosa prueba; así había dejado de ser un klóketen iniciando otra vida.

El joven debía reunirse después con su chamán; el joven debía demostrar al anciano cual había sido el resultado de sus pruebas en la soledad y el desamparo del bosque.

—Me sentí como un cobarde —confesó el joven— cuando no pude defender a las mujeres que asustaba el Kótaich.

—¿Cómo querías ser más valiente? —preguntó el chamán.

—Quise poner fin a la diversión del espíritu, quise proteger a las mujeres. ¿Por qué no se divirtió conmigo que soy más fuerte?

—Un klóketen no puede luchar contra el Kótaich, hijo. Tú no podías luchar contra él, contra ningún espíritu. Siempre mostrarás docilidad y veneración ante ellos.

—¿Por qué debo hacerlo, gran padre?

—Porque el Kótaich te daba una lección.

—¿Una lección? ¿Atemorizar mujeres? ¿Qué lección puede ser esa?

—Escucha, Sakanusoyin —replicó

pacientemente el anciano—. Tu condición de klóketen ha terminado, ya no eres un iniciado. Conocerás entonces los secretos de nuestra gente y prometerás no mencionar jamás estos misterios, a nadie, menos a la mujer, que jamás debe saberlo.

—Así será, gran padre. Lo prometo.

—El Kótaich te enseñaba que las muirles deben respetarnos. Pues hubo un tiempo lejano que no había respeto entre hombres y mujeres. Es lo que nos recuerda el Kótaich. Tiempo atrás el sol y la luna vivían entre los hombres, todavía vivían ellos aquí en la tierra, como cualquiera de nosotros vivían ellos. En aquel tiempo las mujeres sojuzgaban a los hombres, sus esposos, así como la luna sojuzgaba al sol, su esposo. Caprichosa era la luna entonces y las mujeres seguían fielmente las enseñanzas de la luna. Las mujeres se reunían siempre en una cabaña llamada Hain. Allí pintaban ellas sus rostros, disfrazaban sus cuerpos para imitar espíritus fingidos que bajaban del cielo; espíritus protegidos por la luna. Esos espíritus atemorizaban a los hombres, los mantenían obedientes a la voluntad veleidosa de las mujeres.

El anciano hizo una profunda pausa y prosiguió:

–Un día, las mujeres se bañaban en el río con sus cuerpos pintados. El sol, que las observaba, descubrió que ellas eran espíritus fingidos; descubrió que con el agua la pintura se descoloraba y los cuerpos de las mujeres quedaban al desnudo, pálidos quedaban, pálidos como el rostro de la luna. El sol advirtió a los cazadores y ofreció una lección. Así persiguió a su mujer, la luna, para castigarla por el engaño; mas, nunca pudo darle alcance.

El chamán interrumpió brevemente su relato, tomó aire y continuó:

–Un buen día un cazador advertido por el sol sorprendió a la luna en las aguas del río. Era de noche entonces; el cazador se sumergió en las aguas con un garrote y golpeó a la luna hasta cansarse. La luna logró escapar de la furia del cazador; la luna subió al cielo, con su rostro golpeado; desde entonces se quedó ella en el cielo, no bajó más a la tierra y conserva en su cara las huellas del castigo que recibió. Entonces, todos los hombres convinieron en que igual suerte podían correr sus mujeres si no nacía en ellas el respeto por sus esposos. Así aprendieron las mujeres a respetar a los hombres. Desde entonces mutuamente se respetan.

Después de esta sorprendente revelación, Sakanusoyin regresó a su familia convertido en otro joven. Sus padres y hermanas lo recibieron con cariño, lo recibieron con alegría y lágrimas, pues regresaba sano y salvo de su prueba.

El joven Saka podía ser considerado un adulto, un cazador digno de respeto y admiración.

Su padre le aconsejó luego en el comportamiento que debía observar con sus iguales; le aconsejó ser generoso, estar dispuesto al sacrificio, ser discreto durante los períodos de escasez, ser esforzado y laborioso en las jornadas de caza; su padre le aconsejó mesura en todos los actos de la vida.

Sakanusoyin culminó su «iniciación» con una ceremonia familiar; recibió el arco de canelo, el arco que su padre había hecho con sus manos cuando tuvo voluntad de casarse, cuando se lo obsequió a su novia manifestándole así su deseo de matrimonio. Las costumbres indicaban que ese arco sería guardado por la esposa para dárselo a su primer hijo varón cuando este tuviera edad de usarlo. Así recibió Sakanusoyin el arco de canelo, de las manos de su madre lo recibió y debía llevarlo consigo en sus jornadas de caza; así fue, y para no

contradecir las costumbres de sus padres, el joven había aceptado el regalo, sabiendo que jamás lo usaría, en verdad.

Un relato muy antiguo

L/os dos jóvenes, al salir de cacería, adornaban siempre sus cabezas con los tocados kóschel. El preciado adorno consistía en un nozo de cuero de guanaco cortado en forma triangular. El tocado kóschel estaba reservado solo a los cazadores, ellos podían usarlo. Los jóvenes cazadores lucían, además, sus capas de cuero y portaban sus armas, que usaban al verse atacados por alguna bestia salvaje y hambrienta.

Cierta vez, Sakanusoyin y Salilsusoyin, fueron acosados por un puma furioso que no les permitía el paso al interior del bosque.

Salilsusoyin depositó una bola de piedra en el cuero de su honda; el joven movió diestramente su brazo hacia adelante, hizo bolear la honda en el aire y disparó el proyectil. La poderosa esfera se apartó del cuero de nutria, cruzó el espacio como una bala silenciosa y golpeó ferozmente a la fiera en plena mandíbula.

El puma dejó escapar un aullido, se espantó y echó a correr dejando astillas de madera detrás de sus patas.

— ¡Hermoso tiro, Salil! Ya no habrá peligro.

Los dos anduvieron más de lo acostumbrado aquel día. Sin extenuarse casi. Cruzaron las aguas del río, treparon laderas, caminaron largo a través de la estepa y alcanzaron el bosque más lejano, únicamente visitado por los cazadores cuando la caza escaseaba en la planicie.

La noche los sorprendió muy lejos de las tiendas de su gente. Era difícil regresar a tientes. La luna se mostró mezquina y malhumorada con ellos, ella no quiso alumbrar sendero alguno para los jóvenes que cazaban.

Sakanusoyin y Salilsusoyin buscaron un buen refugio para guarecerse; juntaron leños e hicieron un fuego soberbio con sus piedras de chispa.

La fogata encendida por los dos jóvenes no era la única en Tierra del Fuego. Las fogatas se extendían por todo el ancho territorio. Allá, más lejos todavía, se encendía la fantástica aurora de la Antártida, la mayor de las fogatas, pues tiñe de fuego todos los cielos con sus llamas.

Ellos estaban acompañados con esos lingos, estaban seguros, próximos. Sabían que los suyos se reunían junto a esos hogares compartiendo a cielo abierto, esperando el día para ir tras la caza del guanaco cada vez más escurridizo.

Las estrellas altas encendían el azul profundo, casi negro, del cielo, iluminándolo i orno si estuviera de fiesta.

El sueño de los jóvenes fue interrumpido por la inquieta presencia de un coruro.

El pequeño roedor, menor que una liebre en tamaño, había salido de su madriguera para buscarse alimento bajo la protección de la noche. Pero de nada le sirvieron sus prevenciones, pues los cazadores Saka y Salil lo capturaron con un lazo de cuero.

Salilsusoyin se encargó de asarlo para la comida. La carne del coruro sabía exquisita, tanto como la del conejo de monte.

Los jóvenes entornaron los ojos mientras comían y platicaron bastante, contaron aquellas viejas historias sin edad.

— ¿Qué historia te agrada más, hermano Salil?

— La lucha entre los gigantes Kwanyip y Chaskel. Esa historia es la más sabrosa.

— Bien, hermano Salil. La escucho.

Mientras el joven se preparaba para narrar la historia famosa, Sakanusoyin estiró sus piernas junto al fuego, se arrojó con su manta de cuero y se dispuso a escuchar.

—Kwanyip y Chaskel —comenzó Salilsusoyin su relato— eran dos gigantes que habitaban estas extensas tierras.

—Los animales que ocupaban estas tierras también eran gigantes —agregó Sakanusoyin.

—Todo era enorme entonces —prosiguió el joven su relato—. Chaskel era un gigante famoso por su crueldad, aficionado como era a devorar seres humanos, preferentemente niños, que era lo que más le gustaba al gigante Chaskel. Ese gigantón capturaba niños pequeños, los echaba en un saco profundo y los cargaba sobre sus anchas espaldas. Un día, Chaskel fue sorprendido por otro gigante, fue sorprendido por Kwanyip, quien le gritó:

«—¡Chaskel, detente!

»—¿Es a mí a quien hablas? —replicó el malvado gigante.

»—Quiero que abras tu saco y me obsequies lo que llevas —le dijo Kwanyip.

»—Si tus fuerzas son tan grandes como tu insolencia —respondió el gigante malo—, ¿por qué no vienes y lo abres tú mismo?

»Kwanyip perdió la paciencia, Kwanyip quiso poner fin a las atrocidades del perverso, Kwanyip se abalanzó sobre Chaskel y se trabó con él en feroz lucha a muerte».

Salilsusoyin hizo una corta pausa en su relato.

Sakanusoyin aprovechó el respiro de

MI amigo y dijo:

—¿Y qué pasó con la bolsa que llevaba el gigante Chaskel? ¿Lo sabes, hermano Salil?

—La soltó, creo verlo —respondió Salilsusoyin.

—¿Qué había en ella?

—Niños.

—¿Vivos?

—Sí, creo verlos.

—¿Qué hicieron esos niños?

—Huyeron, hermano Saka. ¿Habrán liuido? ¿Es así la historia? ¿No la hacemos engañosa?

—No, hermano Salil. Así como decimos, así debió ocurrir en verdad.

—La historia no cuenta eso.

—No la cuenta; nada dice de los niños en el saco. Pero tenemos derecho a desentrañar la historia. La bolsa de Chaskel siempre llamó mi atención, desde muy pequeño llamó mi atención. Siempre que escuchaba a

mis mayores el relato de Chaskel y Kwanyip, siempre quise saber algo más de la bolsa y de los niños que allí había.

—A mí también me ocurrió lo mismo, hermano Saka. Ahora lo recuerdo.

—Así es, muy cierto. Continúa, Salilsusoyin, no detengas más el relato, quiero llegar pronto al final.

Salilsusoyin prosiguió:

—Kwanyip y Chaskel lucharon, mucho lucharon, sin darse tregua, sin darse descanso. Lucharon hasta hacer temblar la tierra, lucharon hasta caer al suelo y rodar a las aguas del gran lago. Los gigantes cayeron a las aguas con sus voluminosos cuerpos; hicieron que las aguas se alzaran, hicieron que las aguas formaran enormes olas, olas tan gigantes como Kwanyip y Chaskel. Las olas inundaron la tierra que rodeaba el lago. Con la salida de las aguas huyeron los animales al interior de los bosques, las aves espantadas volaron a las cimas altas de las montañas; desolado quedó el lago.

«Los gigantes lucharon hasta que por fin Kwanyip sumergió la cabeza de Chaskel en el agua; le hundió la cabeza, no lo dejó salir a tomar aire, no lo dejó hasta que Chaskel juró a los cielos, arrepentido, de que jamás le



haría ningún daño a ningún ser humano de esta tierra».

Salilsusoyin concluyó así su relato.

— Hermosa historia — comentó Sakanusoyin—. ¿Sabes qué pasó con los niños que huyeron del saco que llevaba Chaskel?

— No, hermano Saka. ¿Tú lo sabes?

Sakanusoyin aspiró casi todo el aire que lo rodeaba, acomodó mejor sus piernas junto al fuego y se dispuso a narrar el final del relato. Así prosiguió el cuento:

— Después que Kwanyip venció a Chaskel, el gigante victorioso se internó en el bosque; quería buscar la bolsa del gran arrepentido. Mas, Kwanyip nada encontró, no encontró la bolsa, por mucho que la buscó. Él sabía que el saco contenía niños capturados por Chaskel; el buen gigante, al no encontrar el saco se entristeció, muy triste se puso y casi se desplomó aplastando dos grandes coigües.

— ¿Es ese el final de la historia? ¿Tan triste es?

— No es triste, Salilsusoyin. Kwanyip no encontró la bolsa, como dije, pero tropezó con dos niños perdidos en el bosque, dos extraviados que dijeron ser huérfanos. El gigante sospechó que habían escapado ilesos del saco de Chaskel y los adoptó, los adoptó

\ los cuidó como si fueran sus propios hijos. Kwanyip conservó esos niños a su lado hasta que se hicieron hombres. Un día, Kwanyip se consideró viejo y decidió subir al cielo para convertirse en estrella para siempre. Pasaron los años; los hijos adoptivos de Kwanyip siguieron el mismo camino emprendido por su padre, subieron al cielo para convertirse en estrellas.

Sakanusoyin concluyó así su relato.

El otro joven estaba maravillado, jamás nadie le había hablado de aquel final tan hermoso.

— ¿Es eso cierto?

— Ven, hermano Salil. Sígueme.

Sakanusoyin llevó a su compañero a cierto lugar en el bosque; lo llevó ahí donde los árboles no eran tan densos y sus copas frondosas dejaban ver el elevado cielo. Ellos observaron las grandes constelaciones, estrellas que se veían tan cerca, tan inmensas, que ganas daban de tocarlas con los dedos.

— Aquella estrella roja es Kwanyip — explicó Sakanusoyin—. Aquellas dos que están a su lado son sus hijos.

Salilsusoyin tenía la vista extraviada en el cielo.

La alucinación

A

-¿id día siguiente comenzaba, una nueva jornada. La cacería resultó larga y fatigosa, más extenuante que las anteriores.

Resultaba difícil encontrar guanacos.

-Hemos caminado dos días y no hallamos al animal -dijo a su compañero, Sakanusoyin.

-Me asustas, hermano Saka.

-Es así, Salilsusoyin.

-¿Qué haremos? No regresaremos sin nada en las manos.

-Tú regresarás para alertar a los nuestros.

Les dirás que el guanaco escasea, que cada vez se hace más difícil hallarlo.

-Iré a mi gente para decir lo que me pides, pero ¿qué harás tú, hermano Saka?

-Seguiré tras el rastro del animal, buscaré hasta encontrarlo. No dejaré que el guanaco se eche a morir por culpa de los hombres.

Salilsusoyin se inquietó, se inquietó de

LAS. Las palabras de Sakanusoyin sonaban tristes.

-Saka -le dijo el joven con temblor en los labios-, ¿no pensarás subir al cielo para convertirte en estrella?

-No lo haré, Salilsusoyin. Puedes confiar.

-Me asustas. No quisiera que nos falta ras en la tierra nuestra. No quiero llorar tu i au sencia; no quiero hacer cortes de sangre en mi rostro, en mi pecho; no quiero dejar de nombrar tu gracioso nombre; no quiero que S.ikanusoyin se haga silencio.

Los jóvenes se echaron en los brazos, amistosamente, el uno en los brazos del otro. Sollozaron con honda tristeza, pues debían separarse.

Sakanusoyin comprendió que la envidia demostrada por su compañero había sido un sentimiento pasajero, como a veces las nubes lo son. Salilsusoyin se había convertido al fin en un verdadero amigo.

-Salil, hermano -le dijo-, aquí tienes mi arco de canelo; aquí tienes mis flechas de pedernal. Son tuyos. Quiero que los conserves, es mi amistad la que llevas.

-Saka, hermano -respondió el otro joven-, no desarmarás tu brazo solo por darme un obsequio.

—No necesito armas para hacer lo que me propongo. Seguiré mi camino con los brazos livianos.

—Quiero dejar mi arco contigo. Lo colgaré en la rama de este árbol; cuando regrese por ti sabré que te has marchado si el arco y las flechas no están. Saldré a buscarte, buscaré hasta encontrarte. Promete, Sakanusoyin, promete que no te separarás de él.

—Lo prometo, Salilsusoyin.

—Desearé que la buena fortuna te acompañe siempre. Dejaré contigo mis piedras de chispa, las necesitarás.

—¿Cómo encenderás el fuego de tu hogar?

—Tú te quedas en soledad. Yo me marchó; encontraré muchos fuegos en mi camino.

Los jóvenes se despidieron. Salilsusoyin debió regresar sobre su propio rastro. Un largo regreso le esperaba.

Cuando la figura del joven que se marchaba terminó de perderse tras los lejanos árboles, decidió Sakanusoyin buscar una caverna en el monte y hacer allí su nuevo refugio.

Esa noche el joven comió hongos silvestres bien asados en el fuego; bebió agua cristalina de una vertiente que descendía muy cerca de la caverna.

Después de la merienda, con el sueño que le vino después, aparecieron las alucinaciones. El joven tuvo su noche de deslumbramiento. La luna estaba en eclipse y Sakanusoyin tuvo una alucinación perfecta.

Sakanusoyin vio al chamán presentarse en la caverna; el chamán se reunía con él.

El apreciado anciano lucía un bello tocado de plumas en la cabeza, lucía su capa de guanaco, lucía un círculo rojo en cada mejilla de su rostro.

El chamán no dejó nunca de observar la luna y realizó cantos embelesadores.

Después de los cantos cogió al joven de la mano y lo condujo fuera de la caverna.

Ahí comenzó el viaje de Sakanusoyin hacia el centro de la luna. Durante el viaje comprobó que volaba sobre el bosque de canelos, volaba sobre el bosque de coigües, volaba sobre cerros y montañas, volaba sobre la aurora antártica.

El joven pudo ver el vasto océano, como nunca antes lo había visto, pudo ver lo interminable que el mar era. También vio los espejos de la luna incrustados en los grandes hielos eternos y supo por qué a veces se dice que allí están enterradas las lágrimas de la luna; cuando llora, su llanto se incrusta en los

hielos eternos, pues ella no quiere que sus lágrimas se pierdan en el fondo de los océanos.

El joven vio que el resplandor de la luna crecía; mientras más próxima era su cercanía, más intensa se hacía su refulgencia. Cerró los ojos, los cerró porque sintió que ellos no le servían, de tanta claridad que tenía en su vista. Estaba encandilado por la belleza de la luna.

Escuchó luego la voz del chamán, su guía.

—Escucha, Sakanusoyin. De la luna misma depende tu ventura venidera. Si eres aceptado por ella, tendrás un tiempo futuro asegurado; prolongada será tu suerte, si ella te acepta. Mas, si te rechaza, tendrás una pronta muerte.

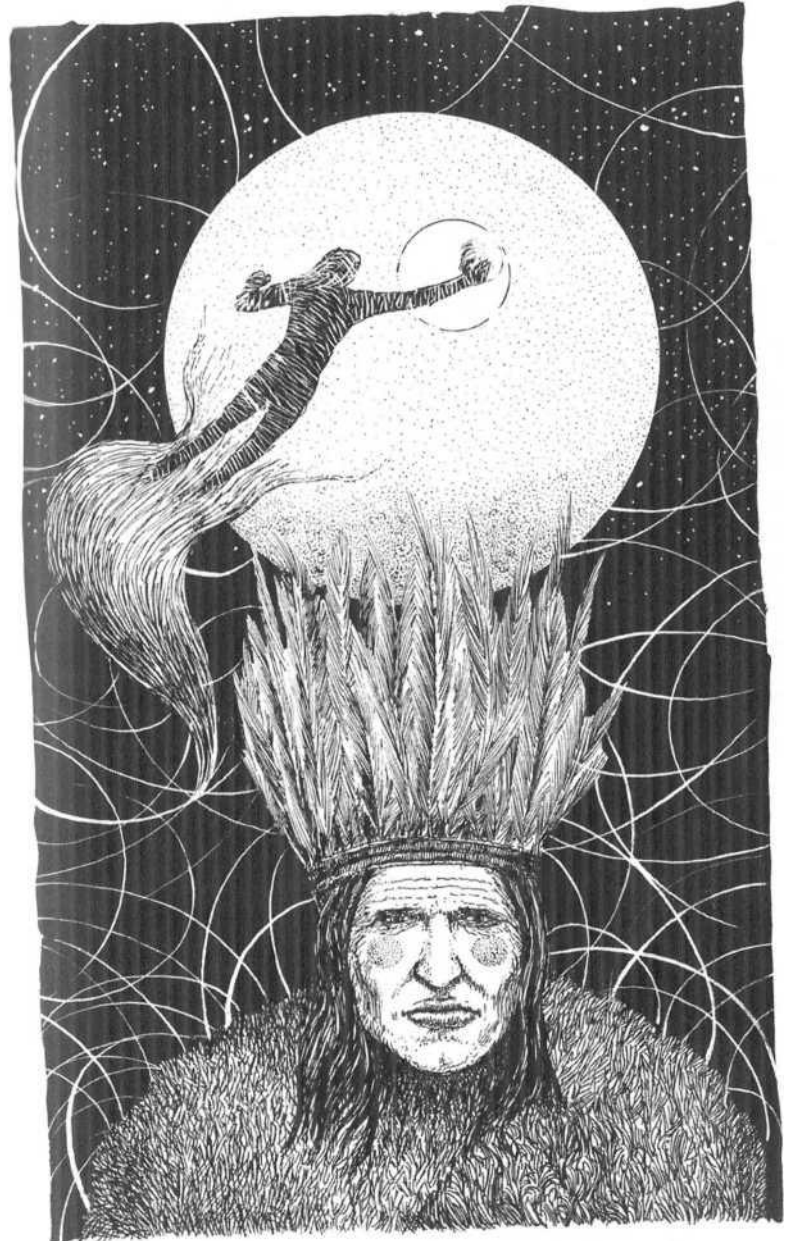
—¿Cómo sabré, gran padre, cuál será mi suerte?

—Lo sabrás al regresar de este viaje; al despertar lo sabrás.

—¿Qué signos debo descifrar?

—Si descubres un puñado de hierbas manchadas con sangre, si la punta de tus flechas están manchadas con sangre, si lo están los bordes de tu vestimenta, sabrás que la luna te ha puesto bajo su sombra, sabrás que ella atrapó tu cuerpo, sabrás que te rechaza.

—¿Y si ella no me rechaza, gran padre, qué indicio hallaré?



—Si ella no te pone bajo su sombra, recibirás un obsequio valioso; recibirás una esfera que de piedra será, que de madera será, que será de cuero el obsequio que ella te obsequiará. Así testimonia ella su tolerancia. Si es esa tu buena estrella, deberás coger el obsequio con tu boca. Si así lo haces, serás el nuevo chamán de tu gente, lo serás cuando tengas edad suficiente para serlo. Ese es el indicio y ningún otro encontrarás.

Así le habló al joven el chamán durante el viaje al centro de la luna. Y guardó silencio; condujo a Sakanusoyin de regreso a la caverna para dejarle dormido junto al fuego.

Más tarde, el joven despertó; despertó al sentir el sol directo sobre su frente abierta. El joven Saka abrió los ojos. Una luminosidad diferente tenía ante su vista. Entonces, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz del día, entonces, el joven descubrió el obsequio de la luna, el buen indicio del que le había hablado su chamán.

A la entrada de la caverna, en el centro de ella, había una esfera perfecta; pulida era ella, brillante era la esfera.

Con instinto puro el joven quiso estirar el brazo, quiso alargar la mano para coger el obsequio; mas, justo a tiempo se contuvo y recordó las palabras del gran padre.

«Cogerás el obsequio con tu boca».

El joven abandonó la capa de cuero que le daba abrigo y se acercó a la esfera.

Sakanusoyin abrió la boca y mordió el obsequio con sus labios, lo mordió con suavidad, con sumo cuidado lo hizo. Por el sabor ácido supo el joven que la esfera era de cuero, un cuero terso, como la piel de la madre cuando se la besa.

El joven se puso contento, pues magnífico era su despertar.

Las palabras del chamán sonaron una vez más en su mente:

«Así sabrás que has de ser el nuevo chamán de tu gente, cuando tengas edad suficiente para serlo. Ese es el indicio y ningún otro encontrarás».

Un viaje solitario

Al amanecer, Sakanusoyin se internó en el bosque.

Vestía su capa larga de cuero, su manto kócel, que lo protegía no solo del frío, sino también de las piedras, de las durezas de los matorrales espinudos.

El joven no se desprendía de su capa de cuero; buena suerte le traía.

Los guanacos se detenían al olfatear el olor de su propia piel; ante la piel curtida se quedaban petrificados.

El cazador solitario cruzó el bosque para ir directamente al lago de los patos. En ese lugar las aves ocupaban la orilla por cientos y por miles; tantos eran los pájaros que allí había.

Bellas aves que buscaban comida bajo el sol clarísimo de la mañana.

—Estas aves se alimentan del lago. Mi gente podría alimentarse de ellas —reflexionó el joven.

Sakanusoyin observó maravillado la gran abundancia, la variedad y el colorido de aquellas aves.

El joven se acercó a la orilla y pudo tocar los pájaros con la punta de sus pies, casi. Los patos salvajes no se desperdigaron con la presencia del cazador. No le temían, no tenían por qué, ellos no conocían cazador alguno. Era la primera vez que un hombre se aproximaba tanto al lago. Aquellas aves no sabían todavía que a los hombres había que cogerles miedo.

Sakanusoyin se sentó, en la orilla de las aguas se sentó; muy cerca de las aves descansó y admiró lo que le rodeaba.

El joven recordó el origen de aquellos pájaros, origen que enternece su alma. Sakanusoyin recordó que el nacimiento de las aves fue durante las grandes guerras, cuando grupos de cazadores se lanzaron unos contra otros; para dominar territorios se lanzaban a la guerra.

En aquel tiempo se produjeron persecuciones y matanzas. Cierta vez, un grupo de mujeres huía por la estepa, pues ciertos cazadores las acosaban para apoderarse de ellas, para hacerlas sus mujeres y vengarse así de los esposos de ellas, sus enemigos. Las mujeres que huían se lanzaron valientemente a las

aguas frías. Se lanzaron y preferían morir ahogadas antes que caer en las manos de sus terribles y enfurecidos perseguidores. Ellas quisieron nadar en el lago y salvarse, pero el frío de las aguas las fue venciendo. Las ancianas quisieron proteger a las jovencitas, pero el frío de las aguas las fue venciendo. Para salvarse, para no morir ahogadas, las mujeres comenzaron a convertirse en patos, en hermosos patos salvajes se convertían aquellas lindas mujeres. Así salvaron ellas sus vidas preciosas.

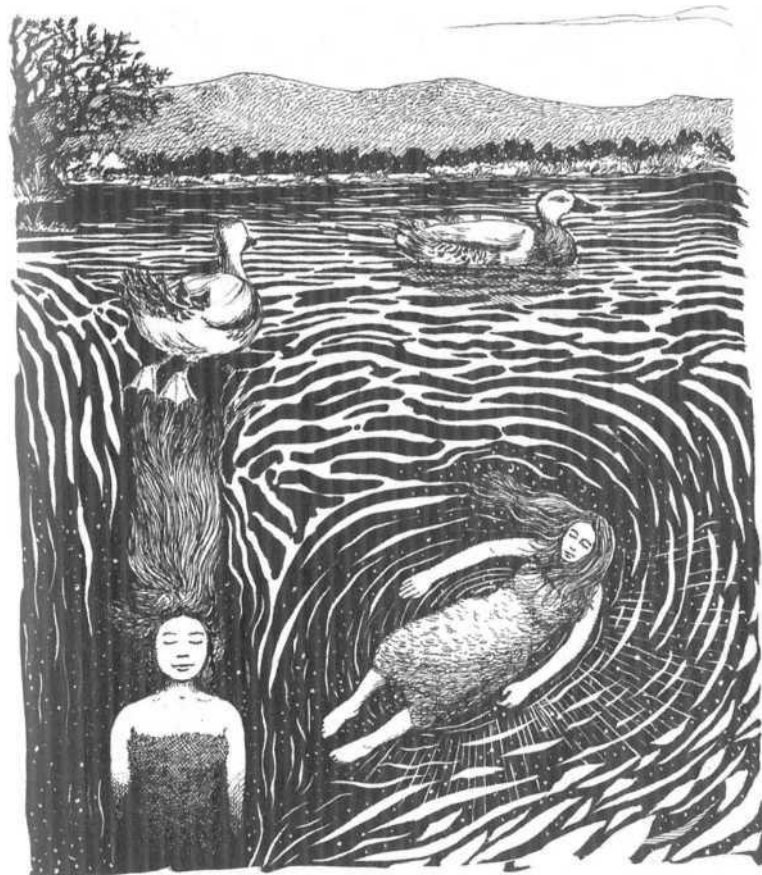
Sakanusoyin decidió entonces que jamás causaría algún daño a esas aves tan bellas, pues tenía su pasado en la memoria.

El joven prosiguió su marcha hasta alcanzar la playa arcillosa.

Allí se desprendió de su manto kócel y se metió desnudo en el lago.

El joven mojó bien su cuerpo y luego lo pintó con barro. Pintura rojiza era aquella, la pintura que Sakanusoyin se echaba en el cuerpo.

En los tiempos de las grandes guerras, pintarse el cuerpo de esa manera significaba estar preparado para el combate. Pero Sakanusoyin no se embetunaba para guerrear, se alistaba para la captura del guanaco, solo eso.



La pintura al secarse en el cuerpo quedaba confundida con la corteza de un árbol, en eso quedaba convertido el hombre pintado de rojo: en la corteza de un árbol, casi.

Era como ver un arbolito, como ver un canelo que tiene corteza roja, casi.

El guanaco se mostraría confiado, pues no vería peligro entonces. Para el animal no existiría cazador que quisiera atraparlo; solamente un árbol estaría aguardándolo.

Es para lo que Sakanusoyin se disponía, se preparaba para capturar a su presa.

Caminó a zancos bien largos el remedo de árbol y fue dejando trampas para zorros; fue dejando lazos abiertos en los senderos del animal. Allí donde había huellas, donde rastros de animal había. Sakanusoyin fue dejando sus trampas, sus lazos abiertos para que la presa quedara aprisionada en ellos.

El joven conocía muy bien el rastro de los animales. Entendía las huellas con claridad, como quien entiende un libro, como quien entiende lo que las estrellas dicen.

Sakanusoyin sabía la dirección que había tomado el animal, sabía qué velocidad llevaba el animal en su carrera, todo lo sabía él. Conocía los ruidos del bosque, el lenguaje de la estepa que hablaba con sus colores, según la

hora del día y la estación del año. Sakanusoyin sabía cuando ella estaba triste o estaba festiva, si era invierno o verano, si ella estaba florida o marchita. El joven sabía darle su cara al viento para escuchar el desplazamiento del zorro, para escuchar el rumor del guanaco cuando corría.

Sakanusoyin hizo un largo camino para buscar al guanaco. Cruzó extensos lagos, vadeó sus orillas para encontrar al guanaco. Descendió a las profundas quebradas y solo se detuvo cuando llegó al océano, al otro, el océano que su gente siempre tenía en las espaldas, más allá de las montañas. En ese otro océano también se veían los altos hielos azules. En el horizonte podían verse, no antes. Cuando tocaba verano aquellos hielos se veían rojizos, sin brumas, sin nieblas, tampoco nubes.

Cruzar aquel mar, cruzar aquel territorio de hielos abiertos al cielo significaba hacer el más largo de los viajes, el viaje al cielo, el viaje que había hecho el gigante Kwanyip y sus dos hijos, para convertirse en estrellas.

Sakanusoyin sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y recordó las tiernas palabras de su amigo Salil:

«¿No pensarás subir al cielo para transformarte en estrella?»

El joven sintió su corazón lleno de sentimiento, entonces quiso hablar con Dios, con Temáukel quiso hablar.

—Padre —le dijo—, tú que eres tan poderoso, tú que nos infundes temor y respeto, tú que hiciste el cielo y la tierra cuando nada existía, que nos diste forma y vida, tú, padre Temáukel, tienes que hablarme.

Así habló el joven Saka al Dios de Tierra del Fuego.

Lo hizo sin miedo pues su rostro estaba pintado de rojo, como también lo estaba su cuerpo. Estaba pintado para estar frente a los grandes hielos, pues solo así los hielos respetaban a los hombres en aquel tiempo.

El secreto de la lechuza :8^

El viento de los hielos golpeó el rostro de Sakanusoyin. Las aguas inquietas del mar mojaron las puntas de los mocasines del joven. Los cabellos negros del cazador bailaron bajo la atadura del kóschel que adornaba su frente.

Sakanusoyin decidió virar en redondo para regresar por el mismo camino que lo había llevado a las puertas del gran dominio del padre Temáukel.

El joven volvió sobre sus pasos. Al regresar encontró la primera trampa, que era la última que había puesto. La trampa estaba vacía. El joven recogió el lazo y escuchó el chillido burlón de la lechuza.

—No te burles, K'uumits —le dijo el joven al pájaro que había chillado—. Conozco tu origen. Lo confesaré si te burlas de mí.

El pájaro burlón calló en seguida.

Sakanusoyin guardó el lazo de cuero entre sus ropas y prosiguió su camino.

Al cabo de un rato encontró la segunda trampa, que era la penúltima que había puesto. La trampa estaba vacía. El joven recogió el lazo y escuchó el chillido burlón de la lechuza.

—No te burles, K'uumits —volvió a decir el joven al pájaro que había chillado—. Conozco tu origen. Lo confesaré si te burlas de mí.

El pájaro burlón calló en seguida.

Sakanusoyin guardó el segundo lazo de cuero entre sus ropas y prosiguió su camino.

No había caminado demasiado cuando encontró la tercera trampa, que era la antepenúltima que había puesto. La trampa estaba vacía, igual que las anteriores.

El joven esta vez no se agachó para recoger el lazo y guardarlo entre sus ropas. Sakanusoyin esperó el chillido del pájaro.

La lechuza, en su árbol, no chilló.

—¡K'uumits! —dijo el joven—. ¿No te burlas?

La lechuza no respondió. El joven insistió.

—No te burlas —le dijo— porque has comido mis presas en mis propias trampas. Las comiste del mismo modo que devoraste el cuerpo de tu cuñado, cuando eras mujer y no pájaro.

La lechuza dio unos cuantos aleteos en la rama del árbol, quiso escapar el pájaro, con su pico chico bien cerrado quiso salir volando.

Pero el joven lo detuvo.

—No escapes, K'uumits —le dijo.

El pájaro se posó en otra rama, giró en redondo su cabeza, inquieto, como si estuviera alerta, como si tuviera miedo.

—Estás oteando, K'uumits, no quieres que se escuchen mis palabras —agregó el joven—. Una piedra debería lanzarte y dejar tu cuerpo tumbado en la hierba. Mas, revelar tu secreto será un castigo bien merecido por la burla que me has hecho.

El pájaro se inquietó aún más y quiso escapar volando, pero el joven lo detuvo.

—¡K'uumits! —le dijo—, ¿recuerdas cuando tu esposo preguntó por su hermano? «No lo sé», fue tu respuesta. Eras mujer entonces, y te habías comido a tu cuñado. Tu esposo encontró parte de su hermano bajo unas mantas, en un rincón de tu casa lo encontró. En ese momento tu esposo se enfureció y te maldijo. En ese momento, K'uumits, te hiciste lechuza. Tu esposo se convirtió en gorrión y tú en lechuza. Ese fue el origen y lo he revelado para que no vuelvas a hacer mofa de mí.

El joven dejó que el pájaro escapara; se alejó chillando como si un bochorno le hubiese dado. Por eso, solo aparece de noche el K'uumits, para que nadie le recuerde su vergonzoso origen.

En su regreso al refugio, Sakanusoyin encontró todas las trampas restantes con alguna presa en ellas. El jugueteo de la lechuza había terminado con la astucia del joven.

Sakanusoyin recogió las presas; eran zorros, únicamente zorros asustados, eso eran.

El joven encontró una sorpresa en la última trampa, que era la primera que había puesto. Una mamsa joven estaba enredada en el lazo.

Sakanusoyin sintió que la felicidad le hacía olvidar por completo el mal rato pasado con la lechuza. Su día de caza, su esfuerzo era recompensado.

El joven cazador llevó sus presas al refugio. Allí las ató para que no se escaparan durante la noche.

Esa noche el joven durmió profundo; ningún sueño tuvo el joven. No había necesidad de soñar, de tener alucinaciones; su día había sido bueno.

EL guanaco de la discordia H

Había amanecido.

De pie, a la entrada de la caverna, estaba Salilsusoyin.

Detrás del visitante, la luz del día creaba destellos caprichosos; el sol llenaba de sombra la figura del joven recién llegado al refugio de Sakanusoyin. Parecía una de las tantas fantasías que el joven había tenido desde que se refugiara en aquella cueva junto al monte.

—Soy yo, hermano Saka —dijo al fin el visitante.

—¿Tú, hermano Salil? —respondió sorprendido el joven y entrecerró los ojos, pues la claridad de la mañana le caía de lleno en el rostro.

—El mismo, hermano. Vine tan pronto como lo permitieron mis pies.

—Nada has tardado.

—Era noche aún cuando salí de la tienda de mis padres —prosiguió el joven Salil—. El sol tenía a su esposa, la luna, cogida de los

cabellos, casi la tenía en sus manos. Entonces emprendí la marcha, hice lo que me indicaste, Sakanusoyin. Corrí poniendo solo la punta del pie en el terreno; así pude avanzar más rápido.

Sakanusoyin se estremeció bajo su manto kócel y se incorporó de un salto.

—¡Hermano Salil! —exclamó—, estoy feliz. Me alegro de verte. Me alegra saber que corres ligero. Ahora descansa, hermano. ¿Traes hambre? Tengo frutos deliciosos para desayunar.

—Con gusto comeré esos frutos —respondió Salilsusoyin y se acomodó en el interior del refugio.

Sakanusoyin avivó las brasas de la fogata. Junto al fuego se platica con más deleite. Los amigos se sentían reconfortados. La amistad prendía, crecía. Las paredes de la caverna se iluminaron. El rostro de Salilsusoyin también se iluminó al descubrir las valiosas presas que había capturado Sakanusoyin.

—¡Hermosos zorros! —exclamó lleno de admiración el joven Salil.

—Serían muchos más si la lechuza no se hubiera burlado.

—¿Revelaste su secreto para castigarla?

—Lo hice, pero igual se comió el fruto de mi captura.

—No has destripado ningún zorro. ¿Por qué?

—Porque son tuyos, hermano Salil.

—¿Y el guanaquito? —preguntó Salilsusoyin con gran interés, pues acababa de descubrirlo en la semipenumbra de la caverna.

—Ese animal se queda conmigo —respondió con seguridad el joven Saka.

Salilsusoyin enmudeció, pálido se tornó el joven; pensó que la soledad que su amigo soportaba en aquel refugio le había arrancado la sana razón, alejándolo de sus deberes, apartándolo de la obligación que tenía con los suyos.

—Tu gente creerá que has fallado —dijo Salilsusoyin.

—Atrapé muchos zorros. Son tuyos, llévalos a nuestra gente.

—Desde que te marchaste —insistió el joven Salil— nadie ha vuelto a probar la carne del guanaco, nadie ha podido hacerlo, pues hay escasez de ella. Ninguno de nuestros cazadores ha conseguido capturar un solo guanaco. Perdido anda el animal. Pero tú sí has atrapado al guanaco, debes darlo a tu gente.

—Comerán zorros, conejos comerán. Bastante hay en la estepa y en el monte. Hasta un niño puede atraparlos.

—Los nuestros no estarán satisfechos con tu respuesta. Eres el mejor cazador. Atrapaste un guanaco, tu deber es destriparlo en este mismo lugar y ofrecer su carne a tu gente.

Sakanusoyin no respondió. Guardó silencio el joven. No necesitaba que le recordaran sus deberes. ¿Cómo hacer que su compañero comprendiera? ¿Cómo hacer para que todos comprendieran que había un deber mayor, una obligación que todos debían atender? Finalmente, después de un largo rato de silencio, Sakanusoyin habló:

—Me quedaré un largo tiempo en este refugio.

—Está bien, Saka. Puedes hacerlo, si

—¡Salilsusoyin! —la voz del joven sonó severa—. ¡No tocarás al animal!

Los amigos se enfrentaron, como dos fieras, como si fueran enemigos. Salilsusoyin amenazó al joven Saka con su cuchillo de pedernal. Los cuerpos chocaron. Los cuerpos forcejearon. Tan enfurecidos, tan ciegos estaban. Sakanusoyin empujó lejos a su amigo y se puso delante del animal para protegerlo.

—¡Saka! —gritó desesperado el otro joven—. ¡Tu gente muere! ¿Tendré que decir que Sakanusoyin se ha vuelto mezquino y cobarde?

El joven entristeció con las duras palabras de Salilsusoyin.

τ pntpr qmhns culminó; la pena

Sakanusoyin hundió su mano en una bolsa de cuero y sacó de ella un puñado de murtillas rojas.

–Toma, hermano Salil –le dijo a su compañero –, desayunemos. Comamos y dejémonos aconsejar.

El joven Saka metió otra vez la mano en la bolsa y sacó otro puñado de murtillas; estas las arrojó fuera de la caverna.

–Voy a comer –dijo el joven–. Lo que arrojé es para ti, que estás allí arriba. ¡Benévolo seas! ¡Dinos tu voluntad, padre Temáukel!

Luego, el joven Saka, cogió la esfera de cuero y la acarició en silencio, mientras comía con su compañero Salil.

–Haré una prueba –dijo Sakanusoyin después de un rato.

–¿Qué prueba? –el otro joven lo miró a los ojos.

–Escucha, hermano Salil. Dejaré escapar al animal. La mamsa se irá.

–No puedes hacerlo, Saka.

–Lo haré.

–No tienes juicio. ¿Cómo quieres ganar la buena voluntad de nuestro padre Temáukel? No dejarás escapar el animalito. Está escaso. Los cazadores lo buscan con desesperación. Habrá guerra entre familias, lo sabes.

–Lo sé, hermano Salil. Lo sé y es lo que más me angustia. Haré la prueba. El padre Temáukel me habló.

–¿Qué harás?

–Dejaré que el animalito busque su manada, que busque su refugio. Nosotros dos saldremos a cazarlo y que sea la voluntad de Temáukel. Si tú atrapas al animal, tuyo será y podrás destriparlo en el mismo sitio de la captura. Olvidaré que antes fue mío. Lo olvidaré por completo. Pero si yo lo atrapo una vez más, será mío, el animal será mío para siempre. Se quedará conmigo, se quedará hasta que mi voluntad determine que debo reunirme con los míos.

–¿Qué consejo te ha dado Temáukel? –protestó Salilsusoyin–. Lo atraparás con seguridad, eres el mejor de todos. No creo que Temáukel te haya hablado de ese modo.

–¿No lo crees, Salilsusoyin? Pues, escucha. Escúchalo tú mismo. ¿Qué te dice el que está allá arriba?

Salilsusoyin guardó silencio. Bajó los ojos hasta el suelo y alzó su rostro hacia el cielo. Esperó una señal, esperó y esperó, mas ninguna voz escuchó. El joven pensó que Temáukel era injusto, el joven pensó que Temáukel no protegía a los desvalidos.

—Hermano Salil —insistió Sakanusoyin—, te dejaré marchar. Antes que yo, marcharás tú tras el animal. Y cuando mis ojos no te distingan en la lejanía, sólo entonces, partiré en persecución de la mamsa.

—¡No quiero superioridad! —se indignó Salilsusoyin.

—No pienses que hay engaño.

Salilsusoyin lo meditó por un instante; en su mente aparecieron las súplicas y demandas de su gente.

—Está bien —dijo al fin—. Marcharé antes que tú. ¡Suelta el animal!

Y Sakanusoyin lo hizo.

La prueba

Sakanusoyin espantó al animalito; lo aventó con gritos y manotazos al aire.

La guanaquita, en tan corto tiempo, se había amansado con la buena compañía de Sakanusoyin.

El animalito dudó todavía, receló. Sakanusoyin tuvo que espantarlo con insistencia hasta que cedió, cedió el animalito y escapó velozmente. Cortó por un sendero estrecho, por ahí cortó en veloz carrera. La mamsa se internó aún más en el espeso bosque; se dirigió a la región por donde sale el sol, el mismo sol que ya estaba en lo alto; hacia el sol huyó el guanaquito.

—No le concedas tanta ventaja —instó Sakanusoyin a su compañero—. No la pierdas; que no escape.

—Debo atraparla —respondió Salilsusoyin—. No quiero un mañana con deshonra. Advertido estoy por el chamán. Si no consigo caza mayor tendré que acompañar a las mujeres

a recoger frutos silvestres o atrapar peces pequeños en la orilla de las aguas.

—¡Anda, hermano Salil! ¡Corre! —gritó Sakanusoyin, de impaciencia gritó, de susto gritó por el animalito que huía.

Salilsusoyin apretó su manto kócel contra el cuerpo y salió en veloz carrera detrás de la presa.

El terreno era hosco, era difícil, era quebrado, distinto a la estepa tan plana, tan abierta.

Ese fue el camino que había escogido el animal perseguido.

Salilsusoyin perdió de vista la presa; tuvo que detenerse varias veces para observar la huella fresca, el rastro que la bestiecita iba dejando en el terreno. Subía, el rastro lo decía claramente. El joven apresuró el paso; el joven se internó en el bosque y al volver atrás la vista, comprobó que Sakanusoyin no se distinguía, por ningún lado se veía. El cazador escuchó un ruido entre los árboles. Salilsusoyin se detuvo. El joven se quedó inmóvil; se ocultó detrás de su manto, como si éste fuera un escudo, como si fuera una protección que simulaba ser el tronco de un árbol.

—Si es mi presa la que hace ruido —pensó el joven Salil—, la atraparé aquí mismo.

Y se ocultó completamente; asomó tan solo la punta de la cabeza por el borde superior del manto; asomó su cabeza para que se viera su kóschel hermoheando su frente; asomó la punta de los ojos, tan sólo eso asomó el joven.

«Si es mi presa la que hace ruido», pensó otra vez el joven Salil, «se detendrá al descubrir mi manto kócel. Inmóvil quedará al reconocer el olor de su piel. Entonces, saldré desnudo de mi escondite y la cazaré. Mío será el animalito».

El ruido no cesaba, el ruido continuaba muy cerca de ahí, entre los árboles. Pero la bestiecita no aparecía, por ningún lado se veía. Salilsusoyin sintió que la espalda se le ponía tiesa de frío.

—Ha de ser algún espíritu —dijo callado, para que nada ni nadie escuchara sus pensamientos.

Salilsusoyin ni siquiera sospechaba lo que ocurría; ni siquiera sospechaba que en ese momento un espíritu del bosque le seguía los pasos muy de cerca. Como el joven no viera lo que causaba tal ruido, comenzó a intuir que algo sobrenatural estaba a sus espaldas.

—Es un espíritu —aseguró el joven—. Puede ser Mehn, que es un espíritu bueno y

seguramente me ayudará en mi tarea. Pero si es Yohsi, puedo estar seguro de que me hará muy difícil mi labor, pues Yohsi, sí que es un mal espíritu. ¡Quizá se ha metido en mi sombra! — concluyó asustado el joven Salilsusoyin.

Nada se veía, sin embargo. El joven quiso atrapar su sombra, para ver si notaba algo extraño en ella; descubrió tantas sombras en esa parte del bosque, que no supo cual de todas era la suya.

Salilsusoyin sintió el desamparo; lo invadió un profundo desasosiego, muy solo se sintió, muy solitario pensó que estaba, tanto, que andaba incluso sin su propia sombra.

—¡Hermano Saka! —exclamó lastimosamente—. ¿Por qué no estás conmigo? ¿Debo morir en medio del abandono?

Después de sus palabras que sonaron como un grito, después del llamado de auxilio, el joven escuchó un fuerte crujir de ramas. Salilsusoyin entendió que algo terrible se aproximaba. Sin pensarlo dos veces, saltó; disparado como un proyectil, brincó a un costado y echó a correr en cualquier dirección. El joven arrastraba su manto kócel entre las hojas, entre los troncos caídos lo arrastraba. Resbaló, rodó, cayó de bruces y de espalda; no pasaron ni dos suspiros del joven, cuando un

coigiie gigante se vino al suelo. El árbol inmenso cayó con todo su peso y largura en el mismo lugar que Salilsusoyin había elegido como escondite para capturar a su presa; ahí mismo se desplomó el coigiie. Sólo entonces el joven comprendió lo que ocurría.

—¡Yohsi! —exclamó—. ¡Es Yohsi el espíritu que me anda rondando! Ese árbol me habría aplastado. Ahora tendré que ver a Yohsi, tendrá que presentarse ahora. Todos tenemos que verlo, tenemos que ver a Yohsi alguna vez en la vida. Me corresponde, y tendré que mostrarme valeroso ante su presencia. ¡Gran Padre Temáukel, sea cual sea tu ánimo, lo acepto!

No había terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando Salilsusoyin creyó sorprender un contorno luminoso que se ocultaba en lo más sombrío del bosque.

—¡Ahí está! —murmuró el joven—. ¡Es Yohsi! Jamás lo imaginé así.

Salilsusoyin no supo qué hacer; no supo si era mejor salir corriendo, huir; no supo si era mejor permanecer en el sitio esperando lo peor. Entonces, sacó valor de su temor y se decidió.

«Si me acerco a él, se irá; al querer acercarme a él se irá —reflexionó el joven—. Soy valiente, debo ahuyentarlo. Le demostraré

que no le temo, aunque por dentro esté temblando. Me mostraré cauteloso, pues Yohsi querrá atraparme».

Decidido a todo dio unos pasos en dirección al espíritu; otros ruidos desconocidos se presentaron, ruidos seguidos de un aullido estridente. La luminosidad con forma humana desapareció, en un instante se esfumó en el aire.

— ¡Lo sabía! — gritó el joven —. ¡Desapareció! Soy valiente; con mi valor lo ahuyenté. Yohsi se ha escondido por ahí, en algún escondrijo se ha metido.

Al joven le volvió la sangre al cuerpo; sintió que su alma se aquietaba, que su pulso se calmaba; más seguro se sintió Salilsusoyin, conforme consigo mismo estaba. Se dio unas cuantas palmadas en los brazos, se felicitaba, se dio ánimo para continuar.

En ese preciso instante, otro crujido se produjo, un ruido muy similar al anterior. Pero Salilsusoyin estaba advertido. Ese ruido presagiaba la caída de otro coigüe, pues era el modo que utilizaba Yohsi para atemorizar a sus víctimas.

Salilsusoyin salió disparado del lugar, sin meta ni destino, huyendo para buscar refugio en otro sitio.

Pero no se desplomó árbol alguno; más bien, se escuchó una voz amistosa a sus espaldas.

— ¿Por qué huyes?

Pero Salilsusoyin no estaba con humor para detenerse a responder, menos volverse para ver a quien pertenecía la voz aquella; tan seguro estaba de saber lo que sus ojos verían.

— Eres tú, Yohsi — respondió el joven —. Lo sé. Y no huyo de ti, esquivo el árbol que dejarás caer sobre mi cabeza.

La voz amistosa insistió, sin embargo.

— Soy yo, hermano.

Recién entonces se volvió a mirar el joven; un gran alivio tuvo y respiró profundo.

— ¡Hermano Saka! — exclamó fatigosamente Salilsusoyin —. El espíritu Yohsi me acosaba.

— ¿Qué daño te hizo?

— Ningún daño me hizo, hermano Saka. Me asustó, me ahuyentó, me dejó caer un coigüe, que por poco me mata. Sólo eso me hizo.

— Lo he visto.

— ¿A Yohsi? ¿También lo has visto?

— He visto el árbol que dejó caer. Ese coigüe borró su rastro, pero un nuevo ruido me dijo que aquí estabas. Yohsi no es tan malo.

—Me detuvo, me distrajo; me hizo perder el animalito y tú, hermano, me has dado alcance. No podré atraparlo.

—Mi suerte no es mejor que la tuya; hemos perdido la presa.

Las palabras de Sakanusoyin no reconfortaron el mal ánimo del joven Salil; pensaba que la aparición de Yohsi no era una buena señal, pues nunca lo había sido.

Los dos jóvenes continuaron con la búsqueda de la bestiecita, rastrearon sus huellas. Mucho buscaron ellos, lo bastante como para dar, finalmente, con el rastro del animal.

—¡Son estas! —exclamó jubiloso Sakanusoyin.

—¡Tuyo será! ¡Tú lo atraparás! —se impuso el tono derrotista de Salilsusoyin.

El otro joven nada respondió; no disponía de tiempo para hacerlo. Sakanusoyin corrió tan rápido como pudo en la dirección que señalaba el rastro.

—¡Se dirige al río! —gritó alarmado—. Hay que atraparla.

—¿Qué pasa? —respondió Salilsusoyin, que al parecer caía en la cuenta de que la situación era tan grave, que no importaba quien capturaría la presa, sino quien salvaba al animal de un gran peligro.

—¡Corre, Salil! —insistió Sakanusoyin—. Se ahogará si cruza el río.

Salilsusoyin fue remecido por la inquietud de su compañero; recordó que el animal, al sentirse perdido, acorralado, por instinto intentaría cruzar el río, pues así lo hacen los guanacos cuando sienten que van a morir, buscan las aguas, pues estas los han de llevar a un sitio más seguro, el último que han de encontrar en toda su existencia.

Salilsusoyin trató de igualar el paso de su compañero, que corría con toda la energía de sus ágiles piernas; el joven trató de igualarlo en velocidad, mas le resultó imposible hacerlo. Salilsusoyin sintió el peso de la fatiga, muy pronto, el peso del agotamiento se posesionó de todo su cuerpo. Entendió recién entonces que nada había descansado, desde que fuera a reunirse con su gente y regresara luego al refugio donde esperaba Sakanusoyin. Una marcha tan larga y esforzada, en tan poco tiempo, sin darse la oportunidad de recuperar las fuerzas gastadas. Y ahora esta nueva carrera, buscando la presa a través del accidentado bosque, perseguido por espíritus burlones como Yohsi, había sido demasiado. Salilsusoyin desfalleció, agotado en extremo, vio contornos luminosos en los rincones del bosque y creyó estar rodeado por

un espíritu Yohsi que se multiplicaba por cientos. Salilsusoyin vio mantos de bruma devorando los árboles, vio que todo era niebla y que tras ella se escondía un verdadero ejército de apariciones que aguardaban, juguetonas, el momento justo para apoderarse de él y hacer con el joven todas las diversiones que un espíritu del bosque acostumbra llevar a cabo.

—Hermano Saka —murmuró—, Yohsi me atrapa.

Y se desplomó sobre la hierba, desvanecido cayó.

—¡Temáukel, me has abandonado! —musitó el joven, al tiempo que veía una poderosa claridad deslumbrando la tierra. A continuación se presentó un calor sofocante, se presentó un fuego que abrasó lo que a su paso encontró. El joven vio cómo el fuego consumía la tierra. Entonces, comenzó a caer un torrente de lluvia, un torrente que no cesaba. Las lagunas se hicieron lagos, los lagos se hicieron océanos y los océanos inundaron la tierra completa. Un guanaco abandonado, solitario, huía de las aguas, huía hacia los escasos terrenos secos. Las aguas lo arrasaron todo, con todo arrasaron las aguas, con el guanaco arrasaron, arrasaron con el cuerpo desvanecido del joven Salil. Perdió el sentido



y su alucinación, producida por la gran fatiga, se hundió en un hoyo negro.

Sakanusoyin, entre tanto, no se detuvo ni un solo instante en su desesperada carrera para atrapar a la bestiecita que ya estaba junto al río, a punto de penetrar en las aguas corrientosas.

—La cazaré —dijo el joven y apuró más el paso.

El guanaco advirtió la presencia del cazador y no reconoció a Sakanusoyin como su protector. El animal se inquietó. Pero el joven fue más veloz y le dio alcance, en el borde mismo de las aguas le dio alcance a la mamsa. Sakanusoyin se aferró a ella fuertemente con sus brazos, se aferró con todas sus fuerzas al cuerpo del animal y forcejeó hasta tumbarlo, forcejeó y forcejeó hasta dar con él en tierra. Animal y cazador quedaron exhaustos sobre el húmedo terreno. Los ojos espantados de la mamsa, encorvados al cielo, vieron pasar la sombra del lazo y quedó definitivamente atrapada. El animalito clavó su mirada en el espléndido kóschel que Sakanusoyin lucía con orgullo en su amplia frente.

El regreso al refugio fue sólo docilidad. La mamsa siguió mansamente la marcha serena del cazador.

En el refugio, Sakanusoyin esperó pacientemente el regreso de su amigo Salil.

La noche dominaba.

Sakanusoyin quiso tener los ojos del puma, quiso tenerlos para moverse con seguridad entre los espesos velos de la noche. El joven quiso ir por su compañero, pero no tenía ojos de puma.

Sakanusoyin hizo lo que nunca había hecho, sí, lo hizo; su preocupación por la suerte de su amigo era inmensa.

El joven cortó los lazos que mantenían cautivos a los zorros en la caverna y los liberó fuera de ella.

—¡Corran! —les dijo—. Son libres. Quiero que corran por el bosque y encuentren a mi hermano Salil. Quiero que le muestren el camino que conduce a mi refugio, pues seguro se ha perdido.

Así les habló a los zorros, eso fue lo que les dijo. Y los pequeños animales lo entendieron

porque corrieron, disparados se perdieron en las sombras con sus voluminosas colas alzadas.

Sakanusoyin abandonó la caverna y buscó el claro del bosque más abierto; el más espacioso buscó y dejó que allí pastara la mamsa, dejó que se moviera en plena libertad, casi.

El joven frotó con fuerza las piedras para hacer chispa y encendió una gran fogata, en el corazón del bosque la encendió, para que no durmiera, para que la foresta despertara y pusiera todos sus signos de vida en plena actividad, como si de día fuera. La fogata debía ser un sol que alumbrara el perdido camino de Salilsusoyin. Luego, el joven se arropó con su manto kócel, se arropó para esperar junto al fuego, sobre la tierra silenciosa y bajo la resplandeciente techumbre del cielo.

Aquella noche las estrellas estaban mucho más cerca de la tierra que de costumbre. No había nubes suspendidas en el aire; no había bruma a ras del suelo; los astros ocupaban todo el espacio del ancho cielo.

Sakanusoyin esperó la voz del creador de todo lo existente. Temáukel tendría que darle una respuesta, debería darle una prueba, una prueba de que la voluntad del creador favorecería los propósitos del joven. Recordó que al principio cuando nada existía sobre esta

tierra, Temáukel dispuso que la forma de los seres existentes fuera hecha de barro. Pero ese barro debía provenir de los terrones luminosos que caían del cielo, los terrones que caían para humedecerse en las aguas de la última gran lluvia.

Eso fue lo que recordó el joven mientras esperaba una señal de salvación que bajara desde lo alto.

En el ánimo del joven había un segundo deseo; su compañero Salil debía regresar sano y salvo. Sakanusoyin sabía que el espíritu benéfico de Mehn tendría que guiar al amigo por los caminos correctos del regreso a casa; Mehn tendría que salvar a Salilsusoyin de su extravío.

Mehn descubriría la fogata que Sakanusoyin encendiera en medio del bosque. Mehn podía descubrirla desde muy lejos; la fogata de Sakanusoyin debía ser la más luminosa de todos los fuegos que iluminaban la Tierra del Fuego aquella noche, sin duda lo era.

Así como el fuego es bueno para indicar rutas y direcciones, también es malo, pues espanta sin duda a los animales cercanos.

Sakanusoyin guardaba la esperanza, ¡vaya que la esperaba!, de que un guanaco macho, valeroso, osara acercarse a la mamsa. En

el ánimo del veloz corredor estaba el anhelo de atrapar un compañero para su guanaquita solitaria. Sakanusoyin deseaba un ejemplar vigoroso, un ejemplar soberano; vencedor de mil pruebas, diestro, dispuesto ya a formar pareja, a dar crías sanas para poblar con ellas toda la estepa, otra vez.

—El guanaco que ha de olfatear a mi mamsa será como los jóvenes de mi pueblo que antes de ver a una jovencita, antes de mirar sus cabellos, la distinguen por el dulce aroma que exhala su persona fina y graciosa.

Así pensó Sakanusoyin mientras esperaba la señal de Temáukel.

—Si la joven es serena de rostro, hacendosa con sus manos y encierra en ella un corazón paciente, entonces, el joven que la pretende querrá acercarse. Primero se arrimará a la tienda del padre de la joven, se arrimará para hablarle; será su voluntad hablarle, mas, al padre de ella no le hablará; le hablará a la joven hasta que ella tenga voluntad de ser su novia. Si la jovencita acepta, el joven que la pretende le hará un obsequio, un obsequio de compromiso le hará. Le dará un arco de canelo, un arco que el mismo joven ha confeccionado con sus manos. Si la joven recibe el arco de canelo y las flechas en su carcaj, significa que acepta al

joven que la pretende como su esposa. Más tarde, los padres de ella consentirán, entonces, ella preparará una fina trecilla de nervadura de animal y la pondrá en la muñeca del joven, en su muñeca derecha la pondrá como una pulsera. Y luego, el joven levantará una tienda, otra tienda, no la de sus padres levantará, una tienda que será su nuevo hogar, otra tienda que hará vivir otro humo en el lugar.

Así pensó Sakanusoyin mientras esperaba la señal de Temáukel, así de lejos había volado la meditación del joven.

El humo de la fogata ascendía interminablemente hasta las estrellas, tan alto subía, mientras que el fuego se extinguía prontamente entre las piedras.

Sakanusoyin guardó un profundo silencio; embelesado quedó mirando el firmamento, mirando el vasto cielo tan completo de estrellas, como estaba aquella noche que todo lo dominaba.

Fue cuando el joven cazador descubrió aquello que deslumbró su mirada.

Del cielo cayeron dos astros encendidos; descendió uno y el otro descendió a continuación; uno y otro cayeron, sin separación, sin perderse, como cogidos de una mano invisible. Los dos astros encendidos se orientaron a la

laguna de los patos, allí descendieron después de cruzar la cima empinada de los árboles.

Sakanusoyin tuvo un presentimiento.

– Temáukel escuchó mis ruegos – dijo.

Sakanusoyin se incorporó con energía, con bríos se levantó de su sitio el joven y se dirigió al lugar que los dos astros habían escogido para descender. Corrió entre las ramas espinudas y no se detuvo hasta que las aguas del lago mojaron la punta de sus pies.

– Si han caído al lago los habré perdido – dijo inquieto el joven.

Toda la luz del cielo se reflejaba en el lago; el agua era el enorme espejo que contenía tantos reflejos como tantas luces en lo alto había; era imposible saber qué luz escoger.

Sakanusoyin hundió su cuerpo en las aguas heladas del lago.

– Estas luces que se esfuman con mi cuerpo son las que están suspendidas en las alturas.

– ¿Cuáles debo capturar con mis manos como si fuesen peces plateados?

Fue lo que el joven pensó.

El frío erizó la piel del cazador y avivó aún más sus sentidos. Caminó abriendo surcos en el agua y eran muchas las luces que se desvanecían cuando el joven pasaba.

– Será imposible – exclamó con decepción – . El cielo me pone una prueba muy dura.

A punto ya de darse por vencido; a punto ya de regresar a la orilla, descubrió dos puntitos luminosos en tierra firme. Sakanusoyin clavó sus ojos en las dos claridades aquellas y salió presuroso de las aguas. Se acercó a las luminosidades y cuando creía poder cogerlas con las manos, las dos brillanteces repentinamente se escaparon. El joven se estremeció, más de temor que de frío.

– Los he perdido – dijo.

No desalentado del todo, no completamente, tanteó con sus manos el suelo y encontró dos terroncitos calientes; dos terroncitos que parecían recién escapados del fuego.

El joven regresó al claro del bosque llevando dos ardores en sus manos. Sus sentidos atraparon, por demás, todo el rumor del follaje, atraparon toda la claridad de la noche y las sombras que el fuego de la fogata recortaba entre los árboles. Sakanusoyin, incrédulo aún, creyó ver dos guanacos en vez de uno, entonces. No pudo restregarse los ojos para ver con mayor claridad. Sacudió la cabeza para espantar aquella niebla que se había alojado en su mente, en su imaginación se había sentado.

—Mi vista persiste en ver visiones repetidas —comentó—. Veo dos animales cuando sé que hay solo uno.

Sakanusoyin se detuvo. Los dos guanacos eran ciertos, reales, no las visiones que el joven creía estar viendo.

—Temáukel me ha enviado dos terrones del cielo —reflexionó. Y decidió acercarse con sumo cuidado para no ahuyentar a los animales.

—¿Qué podré hacer? —dudó el joven—. Si arrastro a la mamsa con mi lazo, tal vez el otro guanaco eche a correr. Sin duda es un macho, lo será, y mi mamsa perdería su compañía.

Sakanusoyin se quedó asombrado, sin saber qué hacer, con los dos terroncitos calientes en sus manos; se quedó asombrado frente a los dos guanacos que aguardaban por él, su protector.

***m* £1 regreso de Salilsusoyin ^**

Sí, Salilsusoyin regresó; ahí, en el claro del bosque, reapareció el joven extraviado.

Salilsusoyin llegó al claro y no tuvo ojos para su amigo Sakanusoyin. La atención del joven se centraba en la pareja de guanacos. Salilsusoyin se aprestó a cazarlos, finalmente. La postura del cazador era inconfundible, era la semblanza del cazador entrenado. El joven dejó caer al suelo su manto kócel y se agachó hasta tocar la hierba con su cuerpo, se arrastró mordiendo el arco de canelo, el mismo arco que su hermano Saka le había obsequiado. Sus movimientos eran diestros, seguros y demostraban la libertad del que espera culminar con éxito su jornada, finalmente. Salilsusoyin se detuvo. Consideró que la distancia con el blanco era propicia para disparar y acertar con seguridad. Preparó su arco, ajustó en él la flecha puntiaguda, hizo puntería en el guanaco macho y se dispuso a tensar el arco. Unos zorros saltaron sobre los arbustos y se escurrieron

a brincos, hasta desaparecer del lugar. Salilsusoyin tensaba el arco, a punto ya de poner el punto de pedernal en el blanco.

Sakanusoyin, que observaba al joven Salil desde que apareciera en el sitio, se sobresaltó al ver los zorros, en su lugar de observación se sobresaltó y no pudo hacer nada.

—¿Son los zorros que envié tras Salilsusoyin? —dijo el joven Saka en un murmullo apenas audible—. ¿Son ellos?

Sakanusoyin, a pesar de la difícil situación, estaba dichoso de ver sano y salvo a su buen compañero Salil. Había querido correr a recibirlo, había querido cruzar el claro para abrazar a su camarada, pero se había contenido. El momento no era propicio para dejarse llevar por arrebatos de alegría. Cualquier arranque de júbilo podía echar por tierra la maravilla que ocurría. Era un momento mágico, como son los encuentros en los claros de todos los bosques, cuando allí se conciertan las voluntades en beneficio de una causa común. Sí, porque Salilsusoyin había regresado, y Sakanusoyin lo esperaba, y en ese claro se habían encontrado, además, la mamsa extraviada con un nuevo compañero, el guanaco que daría inicio a una nueva y gran familia de guanacos. Era el sueño de Sakanusoyin y no deseaba

malograrlo con nada, con ningún arrebato, esperando con serenidad que los acontecimientos le fueran propicios. Sakanusoyin entendió por fin lo que su padre tanto le había recomendado: saber mantener la firmeza de ánimo en momentos difíciles.

El arco de Salilsusoyin estaba tensado, hasta el máximo, en cualquier momento saldría disparada la saeta hacia su blanco.

Sakanusoyin quiso gritar, no pudo. Quiso pronunciar el nombre de su amigo como una advertencia, no pudo, ante el riesgo de espantar y ahuyentar a los animales cautivos. Desesperado, a punto ya de perder la calma tuvo una idea salvadora: «¡el canto burlón de la lechuza!».

Sakanusoyin silbó, con perfección lo hizo, un grito estridente de pájaro de la noche salió de sus labios y pareció auténtico, de K'uumits pareció.

Salilsusoyin, al escucharlo, detuvo su brazo petrificado, detuvo su arco a punto de disparar, por el grito de la lechuza lo hizo.

—¡Pájaro de mal agüero! —murmuró con rabia—. ¡Espantará mi presa!

Sakanusoyin silbó como silba la lechuza, silbó con insistencia.

—No te burles, K'uumits —dijo a

continuación Salilsusoyin—. Conozco tu origen. Lo confesaré si te burlas.

Y levantó el arco, tensándolo para disparar para cazar al guanaco.

El silbido del pájaro simulado no se detuvo antes de que silbara mortalmente la flecha, silbó Sakanusoyin como lo hace la lechuza.

El brazo de Salilsusoyin tembló, tembló su pulso y volvió la vista al sitio del cual provenía el grito del pájaro.

Era la primera vez que Salilsusoyin volvía la vista al sitio donde observaba el joven Saka. Sakanusoyin se atrevió a gritar a media voz.

—¡Salilsusoyin! Soy yo. Aquí estoy. No me atrevo a ir más adelante para no ahuyentar a los animales.

El simulador fue descubierto entonces; fue descubierto el que silbaba como lo hace la lechuza. Los jóvenes se miraron en la distancia, no tan distante se observaron. Salilsusoyin, a su vez, respondió a media voz.

—Eres el espíritu Yohsi que busca turbarme. Tú no eres mi hermano Sakanusoyin. Te pareces, pero ¿quién ignora que Yohsi puede adoptar la forma de cualquier ser?

—No porfíes, Salilsusoyin.

—No eres mi hermano Saka. Eres Yohsi, lo sé. La fogata lo dice.

—Sabes que Yohsi deja fogatas en el bosque, pero jamás las enciende.

Cierto era. Yohsi dejaba leños apilados para evidenciar que se había hecho presente en el bosque, leños apilados que nunca ardían como sucede con cualquier fogata hecha por el hombre. Salilsusoyin veía que la fogata que acompañaba a su hermano Saka estaba apagada, consumido el fuego estaba, como si nunca se hubiese encendido. Ese fue un misterio que Sakanusoyin no pudo descifrar, pues no lograba comprender cómo pudo suceder algo así, cuando él estaba completamente seguro de que la fogata había ardido y ahora ni siquiera cenizas quedaban de ese fuego extinguido.

¿Cómo convencer a Salilsusoyin?

—Puedo ofrecerte una prueba —dijo Sakanusoyin tratando de persuadir a su compañero.

—Quiero ver esa prueba —respondió el otro.

Sakanusoyin lanzó una de las piedras para hacer fuego, una de las piedras que el mismo Salilsusoyin le regalara antes de irse, la arrojó casi a los pies del joven Salil, para que éste la viera bien y la reconociera.

—Alza esa piedra del suelo, hermano Salil — le dijo—. ¡Álzala y verás la prueba de que es cierto cuanto digo!

Salilsusoyin hizo lo que el joven amigo le indicaba, levantó la piedra con sumo cuidado, temiendo una trampa, sigilosamente lo hizo, si pareció que la piedra estuviese viva y pudiese escapar, y había que cazarla.

La piedra era auténtica, era la que Salilsusoyin le regalara a su buen amigo Saka, era cierto pues lo que el joven afirmaba. Así distinguió Salilsusoyin a su hermano, así lo reconoció al identificar como suya aquella piedra para hacer chispas, y reconoció el arco y las flechas que también habían sido suyas, porque el espíritu Yohsi, tan burlón como era, no podía hacer tanta simulación.

—¡Hermano Saka! —exclamó alegre.

Ambos jóvenes se acercaron para abrazarse, delicadamente se acercaron, para que nadie ni nada lo notase y se alegraron con el reencuentro, bien felices se pusieron, si casi parecían verdaderos hermanos de tan contentos que estaban.

—Me satisface verte sano y salvo. Los zorros no me fallaron.

—¿Cuáles zorros?

—Los que envié por ti, hermano Salil.

—¿Dirás que esos zorros que tanto me seguían fueron enviados por ti? —no salía de su asombro el joven.

—Así fue. Ellos te condujeron a este lugar. Estoy seguro de que así sucedió.

—Sabrás que esos zorros espantaron mi presa. Esa presa que ves junto a esa mamsa. Así fue y he de contarte tal como sucedió, hermano Saka. Ocurrió que me dormí en medio del bosque, solo y abandonado me dormí; cuando desperté de mi largo sueño, apareció ese guanaco muy cerca de mí, a los pies del monte donde yo me encontraba. El animal parecía escapado de la gran lluvia, de la última, y su cuerpo venía chorreando agua, como si acabara de cruzar un profundo río. El guanaco chorreaba agua por todos lados, solo él estaba mojado, porque mi cuerpo estaba seco, como si un techo me hubiese cubierto del torrente que había caído del cielo. Me dispuse a cazar al animal, me preparé a sorprenderlo y capturarlo cuando salieron del bosque aquellos zorros furtivos y se acercaron a mí. Levanté mi brazo para espantarlos, y lo hice con tanta fuerza, con tanta violencia que asusté a mi verdadera presa. El animal escapó de mí, monte arriba, corrí detrás para darle alcance y no perderlo. No perdí el rastro del

animal que dejaba huellas muy claras, hasta que logré darle alcance en este claro. Así fue, hermano Saka. Ese guanaco es mío, pienso cazarlo y llevar su carne a mi gente.

Así habló el joven Salil, esa había sido su aventura.

—Tú y yo somos casi hermanos —dijo por fin Sakanusoyin—. Es la consideración que nos tenemos, por nuestra larga amistad. ¿Es tu voluntad que hagas algo por mí?

—Lo que digas.

—Atrapa el guanaco con tu lazo y sígueme al refugio. No quiero que lo captures y destripes en este claro del bosque.

—Y eso, ¿por qué, hermano Saka?

—Este lugar es benéfico, le debemos respeto y gratitud. Nos ha reunido, ha hecho que volvamos a encontrarnos. Atrapa tu animal y trae, además, a la mamsa al refugio. Allí te espero, quiero revelarte un secreto.

Sakanusoyin no agregó ninguna palabra a lo dicho y se marchó con los dos terroncitos de barro en sus manos.

El fin de esta historia

-E/1 fuego ardía en el centro de la caverna cuando Salilsusoyin llegó con los dos guanacos a reunirse con Sakanusoyin.

El joven estaba sentado junto a la fogata que había encendido. En sus manos sostenía dos figuritas de barro recién plasmadas. Las figuritas aquellas representaban una pareja de guanacos, una mamsa y un macho representaban.

—Ata los animales en el fondo del refugio —le dijo a su amigo.

Salilsusoyin hizo lo que su compañero le indicaba y luego regresó para sentarse frente a él, junto al fuego se sentó para observar los ojos de su compañero.

—¿Qué tienes ahí, hermano Saka?

—El principio de la vida.

—No comprendo.

—Mañana lo entenderás, al despertar lo comprenderás, porque hoy estas figuritas son sólo barro, pero mañana no lo serán.

Sakanusoyin se levantó, después de hablar de ese modo tan extraño, se levantó y se dirigió al fondo de la caverna, donde descansaba la guanaquita junto a su macho recién atrapado. El joven depositó las figuritas de barro junto al vientre de la bestiecita y le dijo:

—Mamsa, madre mía, cuidarás estos guanaquitos de barro por toda la noche; lo harás como lo hace una buena madre, porque mañana serán tus verdaderas crías.

Salilsusoyin se maravillaba. Las palabras de su amigo sonaron prodigiosas. Había tanta fe, tanta esperanza en ellas que el asombro del joven se transformó en admiración profunda.

—Hermano Saka —le dijo—, ¿de veras crees lo que has dicho?

Sakanusoyin asintió con la cabeza y se volvió para mirar a su amigo.

—¿Recuerdas el comienzo de la vida?

—Lo recuerdo.

—Rogué a Temáukel para que me escuchara.

Los guanacos escaseaban. Temáukel escuchó mi llamado y me ofreció dos astros pequeños desde el cielo. Los astros al caer sobre nuestra tierra se transformaron en barro y con ellos remedé las dos figuritas que acabo



de poner en el vientre de la mamsa. Porque así obró el cielo cuando nos dio la vida, lo creo.

Salilsusoyin no tuvo respuesta, sus palabras sobrarían con seguridad. Su buen compañero hablaba como un chamán, tan sabio y claro.

Y guardaron silencio, hasta que el rumor del fuego los dejara dormidos, con su arrullo ardoroso, así durmieron esa noche, con los pies muy cerca de la fogata.

A la mañana siguiente, al despertar, lo primero que hicieron fue ir a ver a las figuritas de barro en el vientre de la mamsa. No estaban donde las habían dejado. Los jóvenes se maravillaron.

—¡Es bello! —dijo Salilsusoyin con asombro.

—¡Hermosos y robustos son! —exclamó a su vez Sakanusoyin.

Los jóvenes admiraron las dos crías que mamaban con afán la tibia leche de la mamsa.

—¿Cuándo los llevaremos a nuestra gente?

Ellos deben saber este asombro, hermano Saka.

—No, Salilsusoyin. No los llevaremos a nuestra gente. Los nuestros aprenderán a buscar otros alimentos. Frutos, tallos, hongos,

podrán buscar para alimentarse. Sacarán la pesca de los ríos y de la mar. Comerán conejos salvajes, pero respetarán al zorro. El zorro te ha salvado, no le seremos ingratos.

Salilsusoyin quiso protestar, quiso porfiar las indicaciones de su amigo, pero no tuvo voluntad para hacerlo, porque la voz de Sakanusoyin sonaba cierta, certera como una flecha bien clavada en su blanco.

Sakanusoyin ya no sólo era el más veloz de los corredores, el mejor de los cazadores, además era el futuro chamán de su gente. Así lo reveló a su joven camarada Salilsusoyin aquel día.

—Llevarás un mensaje a los nuestros —le dijo—. Dirás que aguardo el momento de mi retorno; que será cuando esta familia de guanacos conforme una gran manada que correrá libre por nuestra estepa. Seguiremos cazando al guanaco porque así lo dispone el gran padre Temáukel, así les dirás a los nuestros. Pero nunca más cazaremos para extenuar al guanaco, nunca más lo cazaremos hasta hacerlo morir definitivamente como si nos hiciera más daño que provecho. Así ha de obrar nuestra gente por siempre.

Al joven Salil le esperaba una pesada labor; debía entregar el consejo de Sakanusoyin

a los suyos. Salilsusoyin sabía que su gente lo entendería, como él lo había entendido, porque cuando habla un chamán es sabio, nadie se atreve a protestar, a porfiar, porque un chamán jamás habla con palabras vacías, sin sentido, sin verdad.

Glosario

CARCAJ: Depósito confeccionado en cuero de guanaco para transportar las flechas.

COIGÜE: Arbol nativo, de corteza gris y hojas simples alternas, de borde aserrado fino y de forma lanceoladas.

CHAMÁN o KON: Miembros de una comunidad selknam, a quienes se les reconocían ciertos poderes especiales. Eran respetados y temidos por su condición. A ellos les cabía un papel destacado en la organización de ciertas ceremonias y eran los encargados de procurar alivio o mejoría a los enfermos por medio de diferentes ritos.

HAIN: Así llamaban los selknam a su ceremonia más importante: la iniciación de los varones púberes. Hain se llamaba, además, una gran cabaña donde secretamente se reunían las mujeres para mantener sojuzgados a

los hombres. Allí se disfrazaban de espíritus, que supuestamente bajaban del cielo o salían de la tierra para aterrorizar a los hombres, quienes debían permanecer obedientes a las mujeres.

HOHUEN: Según las creencias de este pueblo, los hohuen fueron los primeros hombres que habitaron la tierra y poseían la facultad de no morir. Especie de héroes legendarios, semidioses magníficos, dotados de poderes, que más tarde darían origen a las principales estrellas, cerros y diversos accidentes geográficos en Tierra del Fuego, una vez que perdieran su virtud de no morir. Y la perdieron como castigo por haberse apartado de los mandatos de Temáukel.

KLÓKETEN: Así se llamaba al joven, que cumplidos sus catorce, quince o dieciséis años, era «iniciado» en una ceremonia de madurez. Debía soportar largas y penosas pruebas, que de sobrellevarlas con éxito, le permitían el ingreso a la vida de los adultos.

KÓCEL: Manto o capa, confeccionado con cuero de guanaco, utilizado durante las cacerías. Tenía el diámetro de un tronco y tras

él se ocultaba el cazador para aguardar a su presa.

KÓSCHEL: Tocado capilar. Cubría la frente y las sienes, sujeto a la parte posterior de la cabeza. Se anudaba mediante una tira de nervadura trenzada. Se utilizaba en la creencia que proporcionaba éxito en las jornadas de caza.

KÓTAICH: Espíritu de la ceremonia de iniciación de los jóvenes. Se creía que provenía de las rocas cubiertas de musgo. A veces se le representaba pintado de rayas blancas y con dos cuernos en la cabeza. Debía infundir temor y respeto. Debía llenar de valor al joven «iniciado».

K'UUMITS: Lechuza. Según la leyenda la K'uumits mató a su cuñado. Y cuando el esposo buscó a su hermano, lo encontró bajo unas mantas. En ese momento K'uumits se convirtió en lechuza y el esposo en gorrión.

KWANYIP y CHASKEL: Según la leyenda, fueron dos gigantes que siempre reñían por sus diferencias. Al momento de su muerte, subieron al cielo convirtiéndose en estrellas. Kwanyip es Antares, estrella roja de la

Breve cronología del pueblo selknam

constelación de Escorpión; Chaskel es Canopus, estrella luminosa del cielo austral.

MAMSA: Guanaco hembra.

MEHN: Uno de los dos espíritus, que según el investigador Lucas Bridges conocían los selknam. Más allá de las representaciones inventadas por ellos en el klóketen, Mehn era un espíritu bueno. Podía encontrarse en la sombra de una persona y prevenirla de una posible desgracia o hacerle presentir el peligro.

TEMÁUKEL: Ser supremo respetado por los selknam, según afirmación del etnólogo Martín Gusinde. Este ser superior era un espíritu puro, sin cuerpo y existía con anterioridad a los hombres. El habría creado el cielo y la tierra. Estaba en todas partes y tenía la capacidad de vigilar los actos humanos. Dispuso, además, las leyes y normas generales que debían regir la vida de los hombres.

YOHSI: Espíritu que representaba a un duende maligno. Era transparente y por lo general dejaba alguna señal a su paso. Los selknam creían que este duende se limitaba a infundir miedo sin causar daño físico.

Se calcula que el proceso de colonización humana de Tierra del Fuego se remonta a unos 10.000 años de antigüedad.

La cultura selknam u ona estaba influida por el modo de vida nómada y se sustentaba en la caza de presas terrestres y en la recolección de algunos productos silvestres y marinos.

El grupo étnico selknam estableció en la isla de Tierra del Fuego una larga permanencia durante la prehistoria y los siglos históricos posteriores al descubrimiento del Estrecho de Magallanes.

Se puede afirmar que, al menos a partir del año 6.000 a. de C., los cazadores terrestres recorrían y frecuentaban gran parte del territorio insular de Tierra del Fuego.

1520: La expedición de Hernando de Magallanes descubrió el acceso oriental al paso interoceánico que llevaría posteriormente su nombre.

Las dispersas fogatas que los selknam encendían fueron vistas por los primeros navegantes llegados a esos territorios. Por ello se le dio el nombre de Tierra de los Fuegos. Al desembarcar, los marineros sólo encontraron una ballena muerta y un cementerio indígena, pero no había ningún rastro de los habitantes.

1580: Primer viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa al Estrecho de Magallanes. Por primera vez los selknam son vistos por los expedicionarios. Fueron descritos como gente grande, vistiendo pellejos de vicuñas; gente de textura física extraordinaria.

1599: La expedición holandesa de Oliverio Van Noort tocó la costa norte de Tierra del Fuego, sector donde desembarcó y sostuvo un sangriento encuentro con los selknam.

Cuarenta aborígenes fueron muertos.

Durante los siglos posteriores se sucedieron otros contactos entre europeos y los selknam, especialmente por el incremento de viajes exploratorios para conocer mejor las condiciones de navegación del paso interoceánico.

■
1879: La expedición del teniente de la armada chilena Ramón Serrano Montaner, descubre oro en Tierra del Fuego.

Se producen choques entre mineros y selknam. Los aborígenes fueron víctimas de vejámenes, como la apropiación indebida de sus mujeres y de asesinatos, lo que provoca una reacción violenta de los nativos. El gobernador Sampaio, de Magallanes, establece un piquete militar en un lugar que más tarde será el poblado de Porvenir.

1881: Inicio de la colonización moderna en el territorio fueguino. Se estima que la población selknam tenía de 3.500 a 4.000 personas, de las cuales unas 2.000 habitaban territorio chileno, y el resto territorio argentino.

Las matanzas y las deportaciones masivas practicadas por el hombre-colono, junto con la introducción de enfermedades infectocontagiosas y el alcoholismo, terminaron por romper el equilibrio natural que desde tiempos inmemoriales los selknam habían establecido en relación a su medio ambiente.

Un grupo de mineros inicia la explotación de oro en ríos y chorrillos de una sierra llamada Boquerón.

1885: La sociedad Wehrhahn y Cía. instala la primera estancia ganadera en Bahía Gente Grande.

1886: Andanzas de Julius Popper, explorador de origen rumano, que realizó diversos

reconocimientos geográficos, durante los cuales se producen algunas matanzas de nativos.

1891: El número total de selknam no superaba ya los dos mil, considerando los del suelo argentino y chileno.

1893: A instancias del gobierno chileno se forma la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Abarcaba prácticamente todo el vasto territorio chileno. Esto privó a los selknam de sus tierras de caza, sus lugares de campamento y el espacio físico para subsistir.

1894: Bajo el amparo silencioso de las compañías ganaderas, se formaban grupos de «cazadores» de indios, los que «limpiaron» los campos asesinando impunemente al mayor número de nativos.

En la isla Dawson, la Misión Salesiana de San Rafael, recibía a mujeres y niños salvados de las matanzas para ser cuidados y protegidos. Otro tanto hacía la Misión Salesiana de Río Grande.

El número de individuos no pasaba de 1.500.

Al iniciarse el siglo XX sobrevivían unos cuantos centenares de individuos dispersos en los bosques, o bien amparados por la Misión Salesiana de Río Grande y por la familia Bridges.

Los selknam habían visto su territorio usurpado violentamente por los buscadores de oro y por la instalación de extensos dominios ganaderos.

1909-11: Según estimación de los sacerdotes salesianos, la población selknam no superaba los 350 individuos.

1919: Martín Gusinde calculaba en 279 los individuos vivos de este grupo étnico.

1929: No quedaban más de 100 personas naturales en Tierra del Fuego.

1966: Se podían contar solo 13 onas en toda la isla, con padres mestizos o blancos.

Muere Lola Kiepja, la última selknam que vivió de acuerdo a las costumbres ancestrales de su cultura.

1973: Anne Chapman informa que existen sólo nueve sobrevivientes, mestizos en su mayoría, de los que sólo cuatro hablaban el idioma de sus antepasados.

1974: Muere Angela Loij, una de las cuatro sobrevivientes que conservaban el idioma, para muchos, la última selknam pura.

ÍNDICE

^

El comienzo de esta historia	9
Sakanusoyin, el corredor veloz	11
La caza compartida	16
La lección del chamán	25
El klóketen, la iniciación	31
Un relato muy antiguo	41
La alucinación	50
Un viaje solitario	58
El secreto de la lechuza	65
El guanaco de la discordia.....	69
La prueba	77
Los dos astros encendidos	89
El regreso de Salilsusoyin.....	97
El fin de esta historia.....	105
Glosario.....	111
Breve cronología del pueblo selknam	I 15

VÍCTOR CARVAJAL

Nació en Santiago de Chile en 1944. Estudió publicidad y arte dramático e integró diversas compañías de teatro nacionales y extranjeras. Se inició como autor teatral durante su estadía en Alemania. Su interés por el escenario lo ha llevado también a desarrollarse como guionista, dramaturgo, director y profesor.

De su dedicación a la literatura para jóvenes explica: «amo la literatura infantil y juvenil porque no tiene la contaminación propia de nuestra inserción en la vida del adulto. Y sostengo que mientras más adultos nos volvemos, más nos alejamos del niño que siempre debemos llevar en nuestro espíritu».

En Alfaguara Infantil-Juvenil ha publicado, *Como un salto de campana* y *Mamire, el último niño*, entre otros.

Sakanusoyin, cazador de Tierra del Fuego refleja su preocupación constante por preservar la naturaleza, nuestras raíces culturales y la tradición folclórica.

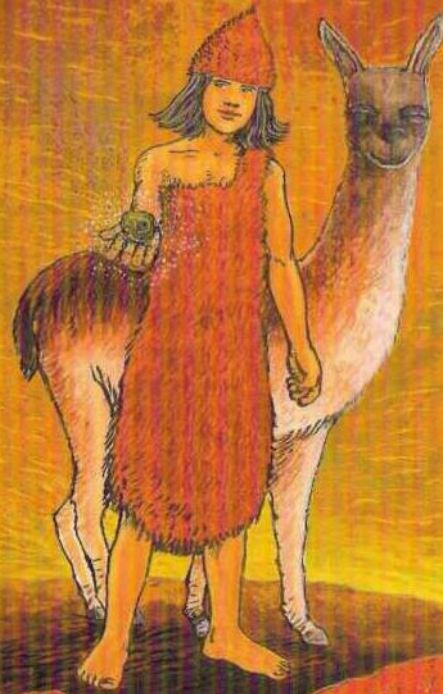
ALFAGUARA JUVENIL

Sakanusoyin,

Cazador de Tierra del Fuego

Víctor Carvajal

Ilustraciones de Carlos Urquiza



Sakanusoyin, Cazador de Tierra del Fuego

Víctor Carvajal

ilustraciones de Carlos Urquiza

Sakanusoyin es la esperanza de su pueblo. Ágil, veloz y astuto, posee dones que lo convierten en el mejor cazador de Tierra del Fuego. El guanaco escasea y sólo él puede alcanzarlo, pero sabe que este animal es sagrado y que su deber es enseñar a preservarlo.

Pero las habilidades de Sakanusoyin también despiertan envidias en jóvenes y adultos. Durante la aventura de caza que vivirá junto al inexperto Salilsusoyin, no sólo logrará que éste supere sus temores, sino que llegarán a ser hermanos inseparables.

Una novela de iniciación que a través de su poético lenguaje nos invita a conocer las tradiciones y leyendas selknam, y a preservar nuestro patrimonio cultural y la naturaleza.

ALFAGUARA
JUVENIL

ISBN 956-239-1 15-9

